CUADERNOS
DE LA
UNIVERSIDAD DEL AIRE
DEL CIRCUITO CMQ

23

QUINTO CURSO
(OCTUBRE 1950 - DICIEMBRE 1951)

LA HUELLA DE LOS SIGLOS

Talleres de

Noviembre, 1950 EDITORIAL LEX 20 cts.

LA HABANA

UNIVERSIDAD DEL AIRE

DIRECTOR: DR. JORGE MAÑACH

EXTRACTO DEL REGLAMENTO DE LA UNIVERSIDAD DEL AIRE:

"La Universidad del Aire es una institución de difusión cultural por medio del radio. Está, por tanto, sujeta a las condiciones de acción que le imponen la índole de ese propósito y el medio trasmisor de que se vale".

....

"El objeto de las disertaciones de la Universidad del Aire es principalmente despertar un interés en los temas de la cultura. Por consiguiente, no aspiran a impartir conocimientos detallados o profundos, sino más bien nociones introductoras y generales que abran una vía inicial a la curiosidad de los oyentes. Como el grado de cultura de éstos tiene que presumirse muy diverso, se procurará prescindir en las disertaciones de todo lo que suponga una considerable formación previa, así como de tecnicismos y pormenorizaciones que fatiguen la atención. Los trabajos deberán ser redactados con toda la llaneza de estilo y amenidad de contenido que el tema permita, procurándose sintetizar y dramatizar lo más posible la exposición, y cuidando más en todo momento de la comprensión de los oyentes que del propio lucimiento".

Las audiciones de la UNIVERSIDAD DEL AIRE se trasmiten todos los domingos de 3 a 4 p.m. por el

CIRCUITO CMQ

RADIOCENTRO

LA HABANA, CUBA

La huella de los siglos

(Palabras sobre este nuevo curso, tomadas de un artículo publicado en la revista Bohemia *por el Dr. Jorge Mañach, Director de la Universidad del Aire del Circuito C.M.Q.)*

. . . .

Sabemos exactamente, desde luego, en qué va a consistir esa nueva serie de audiciones. Va a ser recorrido cronológico de la historia del hombre y su mundo, desde los tiempos primitivos hasta los días convulsos que estamos viviendo. Partiendo, como quien dice, de la mañana siguiente al caos y de la emergencia de nuestra especie sobre el planeta, vamos a repasar todos los grandes tramos y momentos en el proceso secular de la civilización. Nos detendremos —no demasiado, pero sí lo suficiente para que se tengan ideas precisas e imágenes claras— en los momentos "estelares" o sombríos de esa historia; describiremos los albores y los ocasos de las grandes culturas, las crisis sociales y políticas, las proezas que hicieron época y las figuras que dejaron huella. Hombres de estado, creadores de ciencia y de conciencia, guerreros decisivos, descubridores de caminos y de cosas, filósofos y artistas, conflictos y esperanzas de la Humanidad a lo largo de sus milenarios altibajos— todo eso, hasta llegar, repito, a la estela actual de la segunda guerra del mundo, a esta mezcla de aprensión y de ilusión con que los hombres de hoy contemplan el orto de la Era Atómica.

¿Se propone este curso hacer despliegue vanidoso de lenguaje abstruso o de erudición libresca?

Algo se le ha reprochado a la Universidad del Aire, lo "difíciles" que a veces resultan sus trasmisiones. Reconozcamos lealmente que el reproche no está del todo infundado. Es siempre un poco arduo, sobre todo para el expositor que no está habituado a los requerimientos de una cátedra, el determinar exactamente en qué momento los conceptos que expone o el lenguaje de que se vale y que para él no son difíciles, si lo son para el gran público. Insensiblemente atribuímos a la comprensión ajena la llaneza que para nosotros tiene o que nos es familiar. Por otra parte, expositores hay que no acaban de darse cuenta de que lo que de ellos se espera no es "una conferencia", sino **una lección**— y, además, una lección amena, vívida, capaz de captar la atención y hasta la imaginación. Todos pecamos, quien más quien menos, por ese lado.

Pero una vez confesado eso con toda contrición y propósito de enmienda, reconozcamos también que ciertas divulgaciones del superior conocimiento, o del conocimiento de lo no familiar ni sencillo, no pueden "rebajarse" demasiado —como observaba el Dr. Pittaluga en un reciente artículo— sin que pierdan su más elemental autenticidad. La Universidad del Aire aspira a facilitar lo más posible la comprensión; pero siempre que lo comprendido no sea una falsificación. Y mucho supuesto "no comprender" de algunos oyentes suele deberse, al menos en parte considerable, a un "no atender" suficientemente —a una atención desmayada, perezosa o pasiva: a un querer escuchar una lección sobre ideas, o sobre hechos científicos, o sobre alta política, como quien escucha el último "mambo" o una andanada polémica. Y siempre será cierto que la alta letra, con un poco de sangre del espíritu entra.

Por ser de acento marcadamente histórico, el curso venidero de la Universidad del Aire resultará, en ese sentido, menos exigente que otros, no tan expuesto a los rigores del lenguaje técnico. Ni lo gravarán las vanidades de erudición libresca. Será, desde luego, trasunto de cosas que están escritas en muchos libros, pero presentadas en forma sencilla, concreta, vívida, vital, como si los expositores acabaran de asistir a los hechos a veces milenarios de que hablan. Con un esfuerzo metódico, pedagógicamente escrupu-

loso, sencillo sin abdicaciones de la complejidad necesaria, preciso sin agobiar con detalles de especialismo, ese curso aspira a difundir en nuestro pueblo aquellas nociones históricas que nadie puede ignorar si quiere ser una persona medianamente educada y consciente. Queremos seguir aprovechando los incalculables recursos de la radio (y, en su momento, los de la televisión) para acercar a nuestro pueblo las nociones más elementales sobre la acción del Hombre en el Mundo. Honradamente creemos que todos los que oigan con asiduidad y buena atención esa serie de audiciones, cuyo desarrollo nos llevará algo más de un año, habrá adquirido una información histórica general bastante completa y, en los casos menos menesterosos, habrá por lo menos llenado no pocas lagunas en su cultura.

. . . .

Carlos García Robiou

I

Escenario prehistórico

ANTES de entrar directamente en el tema que nos proponemos desarrollar, hemos estimado oportuno, hacer algunas consideraciones de tipo muy amplio, para que a manera de antecedentes, nos permitan situarlo dentro de un marco, que lo relacione con los acontecimientos más importantes, que se aceptan hoy día como más probables, referentes a la formación, primero, de nuestro mundo sideral, después, de nuestro sistema planetario, y por último, en particular, del planeta que habitamos.

Los especialistas en la materia suponen, en sus teorías e hipótesis, que al principio, hace millones y millones de años, existió el caos; esto es, enormes masas de substancia desorganizada, posiblemente gases incandescentes, que ocupaban enteramente ese espacio inmenso que llamamos universo.

Después de períodos extraordinariamente largos de tiempo, esas grandes masas de gases, comenzaron a sufrir condensaciones, cada vez mayores, aunque de diferentes intensidades y cualidades. Estas condensaciones dieron origen con bastante probabilidad, a todos los cuerpos celestes, algunos de ellos aún todavía en formación.

Entre esos cuerpos celestes, en este caso, las estrellas, se encontraba una, de especial interés para nosotros: nuetro Sol, que era un globo de extraordinarias dimensiones, constituído en parte, por esas condensaciones antes mencionadas, pero aún rodeado de gases incandescentes también, dotados de altas temperaturas —(posiblemente mantenidas por tremendas reacciones nucleares en ca-

dena)— que se proyectaban a grandes distancias de su superficie condensada.

En estas circunstancias, las teorías más modernas, suponen que otra "estrella'', —llamémosle así ya de una vez a estos cuerpos celestes—, de dimensiones quizás algo menores que la de nuestro Sol, pasó lo suficientemente cerca, arrebatándole, por decirlo así, en virtud de la fuerza gravitacional, una de esas monumentales masas gaseosas, con tal fuerza, tal velocidad y a tal distancia, que ésta se pudo substraer a la poderosa acción de gravedad del Sol, no volviendo a incorporarse al mismo, pero sí obligada a realizar ciertos movimientos de rotación en su derredor. Esas masas, a medida que viajaban a velocidades fantásticas, fueron perdiendo calor, convirtiéndose en meteoritos en forma de granizo, que se han llamado "cuerpos planetesimales'', que bulleron alrededor de lo que comenzó a ser nuestro planeta llamado Tierra.

La Luna, según concepciones recientes, se supone fué originada a virtud de la ley de "resonancia'' de los cuerpos, que se estudia en Física. Esta ley explica bastante satisfactoriamente el nacimiento de este satélite, formado de un "pedazo' de la corteza de la Tierra— cuyo "hueco'' se estima ha quedado marcado en el fondo del océano Pacífico— cuando esa corteza todavía no estaba suficientemente endurecida, llevándose conjuntamente con la parte sólida, cantidades vastísimas de agua del océano en donde culminó la ola gigantesca de marea levantada como consecuencia de esa ley de resonancia física. Se caclula, que el complicado proceso del nacimiento de la Luna, una vez que la Tierra se encontró en condiciones especialísimas para que este fenómeno se produjera, tardó por lo menos, unos quinientos años en efectuarse. ¡Dilatado alumbramiento!

He aquí, pues, formado ya nuestro sistema planetario, que tiene el raro privilegio de ser uno de los pocos que existen en condiciones similares en el universo sideral. Hoy en día se explica este fenómeno por la inmensidad de ese universo, y lo poco poblado que está de cuerpos celestes, de lo que se deduce la escasa probabilidad de colisiones entre los mismos, debido a la alta dispersión del sistema estelar.

Una vez hechas estas consideraciones brevísimas y de orden general, instalémonos definitivamente en el mundo que habitamos y estudiémoslo un poco más de cerca. ¿Su edad? Los estudiosos de estas materias la estiman alrededor de 2 ó 3 mil millones de años. Después de la formación de los océanos y de la aparición de la vida sobre nuestro planeta, se van sucediendo una a una las distintas formaciones geológicas a las cuales se ha dado el nombre de eras. De todas, la que más nos interesa, es la Cuaternaria, con sus períodos Pleistocénico y Holocénico, testigos excepcionales no sólo de la evolución de la mente humana, sino de su aspecto físico y de su cultura material.

De la investigación de estos interesantes acontecimientos, se ocupa la Prehistoria, que para Gabriel de Mortillet es "el estudio del hombre, anterior a los documentos escritos, a los documentos figurados y aún a las tradiciones y leyendas". Para otros autores, es "la historia de la Arqueología", y nosotros nos atrevemos a enunciar una tercera definición: "la historia del hombre, durante los tiempos no históricos". Quizás esta definición parezca paradójica, pero satisface cabalmente lo que se pretende definir.

Ahora bien; ¿cómo es posible reconstruir la historia de la humanidad, cuando en esos tiempos remotísimos no había nada que pudiera conservar indeleblemente escrito de una forma u otra lo acontecido? La Prehistoria se vale de ciertos elementos de juicio, que le permiten hacerlo: los restos óseos humanos, fosilizados o no, y los implementos o utensilios que fueron usados por los hombres que vivieron entonces.

Empecemos, pues, nuestra incursión prehistórica, considerando el período pleistocénico, división inferior de la Era Cuaternaria. Este se supone que comenzó hace aproximadamente un millón de años, y cuenta además con dos divisiones arqueológicas: la Pre-paleolítica o Eolítica, y la Paleolítica que se divide en Paleolítico inferior, medio y superior. Las industrias líticas, que se desarrollaron en estas tres etapas, fueron las Pre-Chelense, en la Eolítica, y las Chelense y Acheulense en el Paleolítico inferior. Las industrias Chelense y Acheulense, tuvieron larguísima duración, quizás más de medio milón de años. Tanto el **Pithecanthropus erec-**

tus, —considerado durante mucho tiempo, aunque falsamente, como el eslabón perdido entre los antropoides y el hombre, así como el **Sinanthropus pekinensis,** ambos encontrados fuera de Europa (el primero en Java y el segundo en China, como el **Homo heidelbergensis,** reconstruído y figurado gracias a su mandíbula encontrada en Mauer, cerca de Heidelberg, Alemania y el **Eoanthropus dawsoni** u Hombre de Piltdown, descubierto en el Condado de Sussex, al Sur de Londres, en el año 1912, todos ellos desarrollaron las industrias precedentes, muy primitivas, y por eso se les ha designado con el nombre de **Homo stultus** u hombre ignorante.

El Paleolítico medio, al que los autores asignan una duración de más o menos 250,000 años, fué testigo de la industria desarrollada por el Hombre de Neanderthal u **Homo neanderthalensis** a quien se le ha dado el nombre de **Homo faber** (Hombre industrioso).

Pasemos a examinar el Paleolítico superior. Los autores creen que puede haber durado unos cuarenta mil años. Es este período, sin duda, el de más importancia en el pasado prehistórico. Representa el verdadero comienzo de la civilización. La mente humana brilla por primera vez con nobleza e inteligencia; estamos asistiendo al nacimiento del arte, ese arte magnífico que aun hoy en día, asombra al que lo contempla. Surge el **Homo sapiens,** llamado específicamente **fossilis** para diferenciarlo del **Homo sapiens recens** o actual. Tres razas principales ocupan esta época: la de Grimaldi, la de Cro-Magnon y la de Chancelade, que representan posiblemente los tres troncos primitivos y fundamentales: la raza negra o etiópica; la raza blanca o caucásica y la raza amarilla o mongólica, respectivamente.

Por primera vez se modelan figuras en piedra y en arcilla; se hacen esculturas abundantes, algunas de ellas de un acabado y de un realismo asombroso. La piedra, llega al clímax de su talla en las famosas "hojas de laurel" de la industria solutrense, y la pintura aparece, al principio con simples líneas incisas e inseguras, que pronto se substituyen por ingeniosas siluetas monocromadas, hasta llegar a la verdadera y maravillosa pintura policromada que adornan todavía con la magnificencia de sus colores, los salones de

otras tantas grutas de España y de Francia, que las conservan amorosamente como santuarios del arte.

Los Hombres que vivieron durante este período Pleistocénico, sufrieron cuatro veces distintas los rigores de un frío intensísimo. Las glaciaciones cubrieron de mantos espesísimos, algunos de ellos de más de 3 ó 4 kilómetros de espesor, la parte norte de Europa, obligando a sus moradores a refugiarse en el Sur mientras duraba la glaciación. La última de todas llamada de Würm, intervino milagrosamente en el desarrollo del arte, pues obligó a los hombres del paleolítico superior a refugiarse en las cavernas y en sus largas vigilias, desarrollaron sus sentimientos artísticos.

Después de la fase Aziliana, se presenta el período Neolítico; la piedra entonces no sólo se talla, sino que se pule. A partir de esta fecha, los hombres tienen todos los caracteres físicos iguales a los de los hombres actuales. Abandonan las cavernas para vivir al aire libre; su espíritu es menos artístico, pero es más utilitario. Se hacen trabajos de minas, se domestican los animales, se cultivan los campos, se confeccionan tejidos; disponen de cerámica; hay arquitectura primitiva como dólmenes, menhires, alineamientos y cromlechs; se practican cultos religiosos y funerarios y se inauguran las ciencias médicas con la primera operación quirúrgica que presencia la humanidad: la trepanación del cráneo y la reducción de fracturas. Todo esto dura unos cinco mil años.

Pasamos en seguida a la edad de los metales: primero el Cobre, luego el Bronce y por último el Hierro. Esta etapa dura como 4,500 años. Estamos llegando ya a los límites de los tiempos prehistóricos, para entrelazarlos con los protohistóricos y al final los históricos. Ahora, la civilización progresa rápidamente, y la humanidad se afana cada vez más por mejorar sus condiciones de vida. El Egipto predinástico ya hace algún tiempo que se desenvuelve, y en medio de fastuoso esplendor, surgen las dinastías, regidas por innumerables Faraones. La prehistoria termina al existir ya medios de escritura y de registrar los sucesos que van ocurriendo al través del tiempo y del espacio. Estamos ya en pleno período Histórico.

Para terminar, recurramos a un ejemplo, a fin de que se comprenda más fácilmente lo que significan estos hechos a través del

tiempo. Reduzcamos, siguiendo a Schmucker, la escala del tiempo de tal modo que esté representada toda la vida de la Tierra en sólo 24 horas, partiendo de las doce de la noche de un día cualquiera. Desde esta hora hasta las 12 M., esto es, hasta medio día, habrá transcurrido la Era Azoica, o séase sin organismos vivientes de ninguna clase. De las 12 M. hasta las 2.30 p.m. transcurrirá la Era Arqueozoica; en la última media hora de esta etapa, hacia las 3.00, aparecen las primeras manifestaciones de la vida. Esta Era recibe el nombre de Proterozoica. Desde las 2.30 hasta las 6.00 dura la Era Paleozoica, con sus tres períodos más importantes: el Devónico, de 2.30 a 3.00, con grandes peces de más de 30 m. de largo y dientes descomunales; de 3.00 a 4.30 el Carbonífero, que contiene grandes árboles, constituyendo las reservas de carbón y de petróleo del mundo actual; y de 4.30 a 6.00, el Pérmico, con la aparición de los anfibios.

El espacio comprendido de 6.00 a 7.00 corresponde a la Era Mesozoica, con los tres períodos que la forman: Triásico, Jurásico y Cretácico. Al principio de esta Era surgen los grandes reptiles (Dinosaurios); luego aparecen las primeras aves, algo diferenciadas de las actuales, y al final de la misma, se extinguen los dinosaurios. Le sigue inmediatamente, de 7.00 a 9.15, la Era Terciaria, primera división de la Cenozoica, con sus períodos Paleoceno, Eoceno, Oligoceno, Mioceno y Plioceno. Aparecen entonces las aves verdaderas y los grandes mamíferos. Alrededor de las 11.40, ya bien entrada la noche, aparece el **Pithecanthropus erectus**, y el **Sinanthropus pekinensis** un poquito más tarde, cuando está comenzando la segunda división de la Era Cenozoica, que es la época Cuaternaria. A las 11.50, aparece el Hombre de Heidelberg. A las 11.55 el de Piltdown; a las 11.58, el de Neanderthal. Ya muy próximo a la media noche, a las 11.59' 25'' llega el Hombre de Cro-Magnon, con toda su civilización. A las 11.59' 35'', viene el Hombre Neolítico. A las 11.59' 45" florece la edad de los metales; (el Cobre y el Bronce).. A las 11.59' 50'', se hace uso del Hierro y a las 11.59' 52'' comienzan los dilatados tiempos históricos, que abarcan más de 4,500 años. Es decir: que toda la historia de la humanidad, todos sus anhelos y afanes, así como

todas sus calamidades y venturas, se han sucedido sólo durante 8 simples segundos.

En esta escala, Cuba es libre e independiente, desde hace sólo 1/10 de segundo.

Una vez más tenemos que reconocer que existe, sin duda, un Supremo Hacedor, que ha organizado de un modo perfecto la evolución progresiva de la Humanidad.

Gustavo Pittaluga

¿Cómo surgió el hombre?

FORMULADA en esta forma escueta, debo declarar sin ambajes que la tremebunda pregunta sólo merece una respuesta: "No lo sabemos". Y sabemos muy poco, hoy todavía, un siglo después de Darwin, acerca de los factores que hayan podido contribuir a que entre la variada y majestuosa fauna de los grandes mamíferos surgiera un día, en su postura erecta, y desde luego con un palo entre las manos, este ser extraño y temeroso: el Hombre.

La cuestión puede acometerse, sin embargo, si se la desdobla y subdivide en tres o cuatro cuestiones subordinadas. Son éstas:

1) ¿Cuándo, en qué edad geológica, ha aparecido la especie humana?

2) ¿Dónde ha aparecido? ¿En uno solo o en varios lugares?

3) ¿Cuáles son los elementos de juicio de que disponemos para establecer las relaciones entre la especie humana y sus posibles antepasados antropoides entre los mamíferos superiores?

4 ¿Cuáles son los caracteres diferenciales específicos del ser humano y cómo pueden haber surgido desde una estructura somática y cerebral evidentemente común, en parte, a los mamíferos superiores?

El problema es de tal magnitud, que no consiente ser aquí tratado más que en forma esquemática. Vamos a intentarlo.

Si nos atenemos a los únicos datos fehacientes, —restos humanos fósiles y utensilios primitivos de la época paleolítica—, el Hombre aparece tan sólo ya muy avanzado el período cuaternario, que

dura probablemente desde hace más de 100,00 años. En el pleistoceno, que lo precede y al que se atribuye por los geólogos cerca de un millón de años de duración, se han multiplicado y han aparecido innumerables especies animales, incluso de mamíferos, que ya empiezan a desarrollarse en el terciario, es decir más de un millón de años antes de nuestra era. Algunos paleontólogos han sostenido que hay que hacer remontar el origen del Hombre al final de esa época terciaria. No hay ningún elemento de juicio, ningún indicio siquiera en que podamos apoyar esta hipótesis. El "pitecántropo" de Java, el "sinántropo" de China, todos los demás, —muy raros—, testimonios de la presencia de seres antropomórficos, y a mayor abundamiento los de Europa, el **Homo primigenius** de la raza de Neanderthal; los 5 esqueletos de la raza de Cro-Magnon, descubiertos en la Dordogne francesa en 1868; los de la raza de Grimaldi, de los Alpes marítimos, contemporánea del mammuth y del reno europeo, de tipo ligeramente negroide, de talla elevada, que ha ejercido sin duda cierta influencia difusa en la etnología de Europa, todos en absoluto pertenecen al cuaternario. Algunos, quizás, al inicio del período glaciar; la mayor parte a períodos posteriores, al final de la época glaciar, a la época diluvial. Podemos pensar como máximo en 100,000 años; como mínimo en 20,000 años antes de nuestra era. En el período glaciar, cuando las masas de hielo cubren desde la Escandinavia hasta los Alpes y el resto del hemisferio boreal llega por doquiera al paralelo 50 ó 40, invaden las comarcas del Sur algunos géneros de mamíferos antes desconocidos: el **Elephas**, con su enorme prototipo, el mammuth; y el Reno, y el Caballo, y el toro salvaje. El hombre primitivo ha de luchar con ellos, luego vencerlos, sujetarlos. Las pruebas de estas pugnas gigantescas están en las primeras modificaciones del utillaje paleolítico; en los trabajos en huesos o en cuernos; en la presencia, en yacimientos o terrenos idénticos, de restos humanos y restos de estas especies animales. Estas pruebas son escasas, pero existen. Y demuestran que el Hombre, cuando menos en Europa, es posterior a los primeros períodos glaciares, es decir al máximo de extensión del gran glaciar escandinavo. Tendremos que contentarnos con las fechas muy aproximadas que hemos indicado anteriormente; más bien atenernos a las más recientes.

Una pieza única, —una mandíbula completa con su dentadura—, encontrada en Alemania, cerca de Heidelberg, en 1907, constituye el más antiguo resto humano conocido en Europa. Procede del Cuaternario medio, quizás anterior al Paleolítico, y ha sido atribuída por el antropólogo Scoetensack, en una extensa monografía publicada en Leipzig en 1908, a una especie, **Homo heidelbergensis,** caracterizada por el estado de evolución primitiva de la mandíbula, pero muy afine a la raza humana de Neanderthal.

Pero es evidente que estos ejemplares del hombre primitivo son ya muy posteriores a la época inmemorial, de la que no tenemos testimonios ni signos, en que apareció por vez primera, ya con su ronca voz plasmada en palabras, este ser distinto de todos los demás sobre la superficie de la Tierra: el Hombre.

¿Qué fundamento tienen las dos opuestas doctrinas de la **monogénesis** y de la **poligénesis** del género humano? Es así, a mi entender, como debe plantearse la cuestión, excesivamente pretenciosa, de "el sitio en que ha surgido el Hombre". ¿Ha surgido de un solo tronco, de un linaje único, en el ámbito de una tierra determinada, de un territorio en que, por el milagroso florecer de cualidades específicas, grupos de individuos o individuos aislados en tribus de seres antropomórficos han adquirido aspecto y estructura, genio y figura de Hombres? Esta es la tesis de la monogénesis, la teoría monofilética de la estirpe humana única. ¿O bien han surgido núcleos distintos, diferenciados en época diversa, desde seres antropomórficos también distintos, —como lo son, por ejemplo, el chimpancé, el orangután o el gorila—, que han dado lugar a tipos humanos diferentes, sobre todo a las tres razas antropológicamente diversas: la blanca o caucásica; la negra o africana; la amarilla o asiática? Esta es la tesis de la poligénesis, la teoría polifilética de las razas humanas.

La tesis de los orígenes múltiples, —de la poligénesis—, predominó, de pronto, hacia fines del siglo pasado entre paleontólogos y antropólogos. Los arqueólogos se resistieron siempre a aceptarla, porque veían demasiada afinidad entre las creaciones de la industria primitiva de los hombres prehistóricos, cualquiera que fuese su localización en la superficie de la Tierra. Sir John Lubbock, en su clásico libro del año 1860, no entrevé lazos gené-

ticos comunes entre las tres razas humanas. El indio de América, —esto es sabido—, no es una raza aborigen; es un fruto de múltiples mestizajes entre gentes de raza amarilla del Norte de Asia y negroides de las islas del Pacífico.

Pero es el hecho que las tres razas no son, desde luego, tres especies biológicamente distintas. No son en modo alguno estériles entre sí. Los frutos de su mezcla no son híbridos estériles. El mestizaje ancestral ha dado a lo largo de los siglos resultados insospechados; estirpes étnicas capaces de producir ejemplares humanos excepcionalmente valiosos; civilizaciones y culturas con poderosas proyecciones históricas. Los egipcios proceden de antiguas uniones de grupos etiopes y nubios, de raza negra, con pueblos semitas de raza caucásica. Diez, quince mil años antes de J. C. esta fusión debía haber dado ya sus frutos, y preparado el advenimiento de una de las más ilustres civilizaciones de la antigüedad.

Los trabajos de más fuste encaminados a penetrar en el secreto de la vida individual y colectiva, en cierto modo social, de los grandes monos antropomorfos, fueron llevados a cabo a fines del siglo pasado, entre 1877 y 1900, por un eminente zoólogo alemán, Emilio Selenka, en las islas de Java y de Borneo. Esta contribución fundamental, se apartaba del mero estudio anatómico comparado entre los monos superiores y el Hombre; e incluso superaba la fase de la fisiología experimental comparada, para adentrarse resueltamente en la psicología a través del examen minucioso de las cstumbres, actitudes, afectos y reacciones de los antropoides de Pawlov y su escuela, en Rusia, y de otros muchos fisiólogos y psicólogos en los Estados Unidos, que estudiaron las reacciones neuropsíquicas de los monos superiores frente a estímulos determinados y al conjunto de las situaciones emocionales más o menos asimilables o discrepantes de las que son propias de la especie humana. Todo esto ha servido al propio tiempo para fijar con mayor exactitud las diferencias fundamentales; y para establecer en modo incontrovertible las afinidades de las estructuras y de las respuestas, —salvo en la esencial modalidad de la expresión, representada por el lenguaje.

Por otros caminos, fisiólogos y hematólogos han descubierto recientemente hechos de extraordinario interés, que parecen comprobar incluso la existencia de relaciones físico-químicas ancestrales, entre ciertos monos y la especie humana. El 85 por ciento de los individuos de la especie humana (cualquiera que sea la raza a que pertenecen, con pocas diferencias en la proporción o porcentaje) posee una propiedad ligada con los glóbulos rojos de la sangre que se conoce desde los trabajos de Wiener y otros con el nombre de "factor Rh" o "grupo sanguíneo Rh". Pues bien: las letras Rh no son más que las iniciales del nombre específico de un mono, Rhesus, cuyos glóbulos rojos poseen siempre ese factor físico-químico específico, que transmitido por un padre Rh-positivo al feto, provoca en la madre, durante la gestación, una reacción más o menos intensa y conduce a una grave enfermedad, a veces mortal, del feto. Se trataría, pues, de una lejana herencia anómala de un factor físico-químico propio de un grupo de monos.

¿Podrá ser esta una senda que nos guíe hasta encontrar el tipo de mamíferos superiores antropomórficos o primates del cual, en virtud de un supremo brinco de la Naturaleza, surgió un día, hace 30 ó 50,000 años, un ser humano capaz de hablar?

No hace mucho, en 1948, fué descubierto en México, en tierras de Tepexpan, a 30 kilómetros de la capital, un esqueleto casi completo que el antropólogo Weidenreich atribuye ya netamente a la especie **Homo sapiens,** aunque anatómicamente muestra algunos caracteres muy primitivos. La mineralización está tan avanzada que razonablemente debe admitirse la edad geológica establecida por los investigadores mexicanos Terra y Romero; esto es, el cuaternario medio o pleistoceno superior. quizás unos 15,000 años o más antes de la era cristiana. Desde luego, puede ser considerado como el resto humano más antiguo y mejor documentado entre los pocos que se han hallado hasta ahora en el continente americano. Pero es un hombre prehistórico del paleolítico. Nada puede inducirse de este hallazgo en cuanto al origen del hombre.

Hubo dos invasiones de gentes desde el Oeste, desde el continente asiático, en el continente americano; una muy antigua, de raíces antropológicas no bien conocidas, y a este grupo migratorio, problamente de muy escasa densidad, pertenece al parecer el es-

queleto de Tepexpán; y otra bastante más reciente, de gentes heterogéneas, más numerosas, del sur de Asia y de las grandes islas o los archipiélagos del Pacífico. Esto confirma, en suma, la opinión hoy admitida por todos; a saber: que no se tiene noticia alguna de un hombre primigenio autóctono del continente americano.

Esta conclusión no parece favorecer la hipótesis de una poligénesis del género humano. Se puede pensar sobre la base de algunos argumentos valederos, en tres centros autónomos de antropogénesis propiamente dicha: el pre-Oriente asiático, quizás la Mesopotamia, entre el Eufrates y el Tigris, para la raza caucásica; el Africa ecuatorial para la raza negra y el territorio del Norte de China para las diversas estirpes de la raza amarilla. Pero si admitimos estos centros autónomos, ¿cómo explicarnos que tan solo en el continente americano no haya surgido el Hombre? Los cataclismos telúricos, de naturaleza principalmente volcánica, de la costa del Pacífico de América y en general la formación geológica del continente han sido aducidos como razones para explicar un retardo de centenares de siglos, suficiente para haber permitido la llegada de ejemplares de estirpes asiáticas antes que pudiera formarse desde sus progenitores ancestrales un ser humano en América. Mas este argumento es igualmente valedero para admitir que migraciones semejantes hayan acontecido, por grupos, desde un centro único aborigen, hacia diversas y opuestas direcciones.

En ninguna parte del mundo ha aparecido, hasta ahora, ningún signo de una producción colectiva de la especie humana que tenga el caracter de una cultura, aunque sea elemental, anterior a los 10,000 años antes de J. C. Y de pronto, apenas unos cincuenta siglos más tarde, esas manifestaciones primeras de una actividad humana, adquieren ya el rango de las majestuosas, espléndidas creaciones del Alto Egipto, de la Asiria y la Caldea, de la vieja China, mientras otras poblaciones, incluso en tierras próximas, permanecen en estado primario, en la edad de la piedra. Frente a este extraño fenómeno, no podemos substraernos a la impresión de que el **Homo sapiens** representa una verdadera **mutación,** en el sentido biológico de esta palabra—, en la serie animal; y no el resultado de una lenta y gradual **evolución.** Sin duda los factores evolutivos han sido operantes, e importa mucho estudiarlos minu-

ciosamente y tenerlos en cuenta. Pero el salto es demasiado brusco. Desde una rama sin duda perdida en la época glaciar, —una rama hoy desconocida de mamíferos superiores antropomórficos—, brota de pronto un ser dotado de cualidades específicas. Estas cualidades específicas, como elementos para un juicio diferencial con las demás especies, son mucho más valederas que las semejanzas del esqueleto, de la estructura corpórea y visceral o del funcionamiento de los órganos de la reproducción. Estos caracteres diferenciales consisten en el desarrollo y la utilización del lenguaje articulado, y en la capacidad de una selección intencionada de los materiales de la naturaleza para crear obras de artificio. Este es el Hombre.

DISCUSION

DR. MAÑACH: Y ahora tenemos aquí varias preguntas. No todos han indicado a quién dirigen la pregunta. Una señorita: Norma Pérez Díaz: "Yo he oído decir que los primeros habitantes del mundo son los lemurias, quiero saber si es así." ¿A quién dirige la pregunta?

SRTA. NORMA PEREZ DIAZ: Al Dr. García Robiou.

DR. GARCIA ROBIOU: Srta. Pérez Díaz, debo decirle que hay una serie de leyendas muy interesantes, que conjuntamente con la Lemuria que fué un continente hipotético, que existió en el Océano Pacífico, conjuntamente también con la Atlántida, con el Continente de Mu, con el Arquelemis, etc., hoy en día no están consideradas como una realidad absoluta, sino que están, lo que pudiéramos decir, sub-judice, es decir, la cuestión se halla sujeta a investigaciones. Quizás dentro de un poco de tiempo le podamos dar contestación más exacta, pero ahora todavía no podemos.

DR. MAÑACH: Muchas gracias, doctor. El Dr. Pittaluga va a contestar otra pregunta que le han hecho.

DR. PITTALUGA: "El origen de la especie humana fué en diversos lugares, ¿cómo es posible que hoy en día no existan razas con características completamente diferentes? ¿Habrá ocurrido este origen de modo simultáneo?". Yo creo que ya hemos tratado de ésto en la exposición misma de mi tema, y por consiguiente creo que está contestado ya. Creo que no se debe, no se puede decidir, claro está, si el origen es único o múltiple, pero es mucho más probable que haya sido un origen único que luego se haya esparcido y difundido por la tierra.

DR. MAÑACH: Dr. García Robiou.

DR. GARCIA ROBIOU: La pregunta dice: "Si el origen o foco de las migraciones humanas se supone que sea Asia o Africa, ¿por qué el primer hombre salió en Pekín?". En primer lugar, el **pithecanthropus** erectus no se encontró en Pekín, sino en Java; pero al mismo tiempo, con respecto a la prehistoria hay el fenómeno siguiente. Si nosotros supiéramos exactamente en dónde se encuentran los hombres prehistóricos, iríamos a buscarlos directamente; pero hay un factor muy importante que es el factor casualidad, el factor suerte. Además se supone que la cuna de la humanidad posiblemente descansa en la famosa meseta del Tibet. Hay argumentos suficientes para poder pensar que éste sea el lugar de origen de la humanidad, puesto que alrededor de esta meseta, en esta parte central de Asia, nos encontramos con todos los troncos fundamentales, la raza melánica o negra, la raza blanca o caucásica, y la raza amarilla. De manera que desde ese punto se produce lo que se llama la dispersión de la humanidad, y perfectamente cae como Ud. dice bien, el hombre de Pekín, que es un hombre primitivo, el **sinanthropus pekinensis**. Hoy en día se han encontrado otros todavía más atrasados, si pudiéramos utilizar esta palabra. No tiene nada de particular que haya salido de ese foco del Tibet y haya directamente partido hacia la China, que es donde se encontró el **sinanthropus pekinensis,** como Ud. pregunta.

DR. MAÑACH: Las demás preguntas, si se examinan con algún cuidado, todas ellas están contestadas en las dos disertaciones, de manera que lo único que tienen que hacer esas personas de ejemplar curiosidad, es adquirir en el momento oportuno el Cuaderno de la Universidad del Aire. Muchísimas gracias a los Dres. García Robiou y Pittaluga.

DR. MAÑACH: Bien, ahora preguntas del público.

DR. MAÑACH: La Srta. Luz Marina Díaz, ¿a quién dirige su pregunta?

SRTA. LUZ MARINA DIAZ: Al Dr. Leví Marrero.

DR. LEVI MARRERO: Ella pregunta sobre el problema del índice cefálico. En la raza blanca inicialmente parece preponderar los dolicocéfalos, lo cual no excluye la posibilidad de que existieran luego, como han existido, tragicéfalos blancos.

DR. MAÑACH: Doctor, me perdona que le interrumpa. Vamos a explicar un poquito más qué cosa es éso de "índice" y éso de "cefálico". Vamos a no presumir que nadie tiene conocimientos técnicos. Habrá posiblemente modestos campesinos allá en Remanganagua que no sepan lo que es ni índice ni cefálico.

DR. LEVI MARRERO: En realidad, yo quiero expresar aquí con la mayor sinceridad el caso; yo no soy ni mucho menos un antropólogo. Soy modestamente un profesor de Historia y de Geografía en el nivel secundario; pero traído a hablar sobre un tema que roza en cierto modo mi especialidad, y suponiendo que el nivel en que hay que imprimir estas conferencias, estas charlas, no es el más alto, pues yo he traído aquí mi modesto aporte y es claro que podré explicar ésto con muchas reservas, sobre todo teniendo aquí a un verdadero antropólogo y un especialista quien de verdad debió haber consumido los dos turnos, el Dr. García Robiou. El me va a perdonar que yo ponga, en esta mala prosa de maestro, mis ideas sobre el asunto. Ocurre que los señores antropólogos, que son gente muy respetable, han estudiado los distintos grupos humanos tomando en cuenta la configuración de su cráneo; entonces han observado que entre las características hereditarias, permanentes, de los grupos raciales figura la configuración del cráneo, y ustedes podrán hacer la observación con sus amigos, si es que se prestan a ello, y notarán que hay individuos que poseen un cráneo ovalado, un cráneo alargado, que tienen mayor longitud que anchura. Estos son el caso de los dolicocéfalos, o sea de las gentes que poseen un cráneo alargado. La relación, la razón aritmética, entre la longitud y la anchura del cráneo es lo que se conoce como índice cefálico. Los que poseen una gran longitud, poseen un índice cefálico mayor, son los dolicoféfalos. Y aquellos señores de cabeza cuadrada, es el caso típico de los braquicéfalos, o sea que tienen el cráneo casi tan ancho como largo. Por ejem--plo, los alemanes, dentro de las divisiones de las razas europeas se caracterizan precisamente por ser braquicéfalos. De modo que cuando yo hablaba de dolicocéfalo en general, estaba hablando del inicio de las poblaciones blancas, y tanto en unos, como en otra raza, pueden encontrarse grupos que presenten características distintas.

DR. MAÑACH: Dr. García Robiou, este mensaje es para usted.

DR. GARCIA ROBIOU: Dice aquí: "¿Considera usted, como G. H. Wells, que el hombre de Neanderthal no sea propiamente humano; que el primer hombre humano haya sido el hombre de la Rodesia?". Voy a contestarle rápidamente. El concepto actual es el de que, precisamente el hombre de Neanderthal, es la única evidencia que hay fósil; la más remota de todas. Desde luego, hay otras más remotas como el hombre de Heidelberg, el hombre de Piltdown, etc., pero el hombre de Neanderthal es de todos los fósiles el más remoto que se conoce perfectamente, que es un hombre que pertenece a la especie humana perfectamente. De manera que antiguamente, incluso se pensó, cuando se halló la calota craneana del hombre Neanderthal, allá en el año 1856, se dejó a un lado simplemente, porque no correspondían los caracteres físicos con ninguno de los que existían en el hombre en aquel entonces. Naturalmente, se pensó que la calota craneana era de un antropoide enorme,

puesto que tenía una visera supraorbitaria muy desarrollada. Pero a partir de ese momento, cuando las investigaciones prehistóricas continuaron, empezaron a aparecer hombres de Neanderthal por todos lados. Es decir, el hombre de Neanderthal está en todas partes del mundo, especialmente en el Viejo Continente, y hoy en día hay cerca de 200 ejemplares en perfectas condiciones, o por lo menos disponibles para estudiar., que revelan su característica humana como antecesor directo del hombre actual.

DR. MAÑACH: Bien, Dr. Leví Marrero, otra pregunta.

DR. LEVI MARRERO: Aquí hay una pregunta que se me formula que está contestada ya en la charla. Se pregunta: "¿Existe una raza blanca pura en Cuba, estimando el tipo de conquista de España en Cuba, es decir, la colonización española?" Razas puras, no existen en ninguna parte. Puede haber individuos que presenten características típicas de pureza racial individualmente, pero como raza pura no puede decirse que ningún país la posea. Todos los países están integrados por mezclas muy largas, muy prolongadas, y no pueden precisarse razas puras como nación en conjunto.

Carlos García Robiou

II

Ultimas noticias del hombre primitivo

HACE poco más de dos años, a principios del mes de Mayo del 1947, llegó a mi mesa de trabajo, una estridente invitación, respaldada por un alto centro de cultura de nuestro país, y que al pie de la letra decía así "El Centro "X", por medio de la presente, invita a Ud. y a su estimada familia y amigos, a una conferencia científica excepcional, que será dada por primera vez en el continente americano, por N. N., titulada "El origen múltiple del hombre''. Los diversos tipos humanos, estudiados desde sus DISTINTOS antepasados antropoides, hasta sus representantes modernos. Su fisonomía y sus características físicas y mentales. La conferencia será ilustrada por centenares de proyecciones en la pantalla. Fecha de la conferencia, tal día de Mayo de 1947). (Sólo faltó anunciar, que se rifaría una bicicleta o un refrigerador entre los asistentes).

Por el texto tan chabacano, se podrá calcular, lo lejos que se encontraba el conferenciantes, de ser capaz de tratar ese tema, tan profundo y apasionante, con el verdadero rigor científico que ello requería.

A pesar de todo, y deseosos de "averiguar" definitivamente la solución de un problema tan debatido, en el que tantas autoridades mundiales han empleado vidas enteras para desentrañarlo, asistimos, y pocas veces hemos tenido la oportunidad de oír tantos disparates, en tan poco espacio de tiempo. El autor, lleno quizás

de sinceridad en la exposición de lo que él creía saber, carecía de documentación adecuada, supliéndola con ingeniosas lucubraciones, que descansaban sobre bases enteramente falsas. El respeto que siempre hemos tenido por la opinión ajena y la más elemental cortesía, nos indujeron a abandonar discretamente el salón en donde estábamos reunidos.

¡Cuán ajeno estaba el disertante, de que pocos días después de su charla, se habían de reunir en la Universidad de Harvard, en Cambridge, Massachusetts, un grupo notable de antropólogos, de todas partes del mundo, para una especie de **Symposium,** sobre el "Early Man" u Hombre primitivo! Entre los títulos publicados en los periódicos de ese día, con referencia a tan importante even- uno de ellos decía: "Ofrécense pruebas de que el hombre no desciende del mono". Ralph von Koenigsfald ofrecía una prueba casi defintiva, ante un connotado número de científicos, de que el hombre es más ser humano que mono, desde hace más de 500,000 años.

Este investigador, llevaba consigo 11 cráneos, además de otros huesos humanos, que tanto él como sus colegas habían hallado durante más de diez años de estudios, en la Isla de Java y en China, bajo los auspicios del Instituto de Estudios Geológicos de las Indias Orientales Holandesas.

Durante el curso de su brillante disertación, dijo, "que esperaba probar, en un período de 5 a 10 años, que existen antepasados del hombre en los finales de la época terciaria, lo que sería admitir que la evolución física del hombre data de cerca de 750,000 años. También afirmó, que el estudio de cráneos hallados en su mayoría en Java, prueba que el "primer hombre" se parecía más al llamado hombre "“moderno” de Australia, de lo que se había creído hasta ahora. Terminó diciendo, que los ejemplares estudiados demostraban sin lugar a dudas, las características humanas del Hombre de Neanderthal, siendo los maxilares humanos que exhibió similares a los reconocidos como de los del "Genus Homo".

¡Qué contraste tan desconcertante! Si le asignamos pesos justos a las dos opiniones, veremos que sólo una de ellas, la segunda, se apoya en testimonios fehacientes y juicios responsables, que la colocan en un lugar digno de ser tomada en cuenta.

Sin duda alguna, el autor de la conferencia de marras se inspiró en una antigua teoría sostenida por el Profesor Klaatsch, de la Universidad de Breslau, que suponía que las principales razas humanas actuales se derivaron de los tres troncos antropoides: la negra, del gorila; la mongólica del orangután y la blanca del chimpancé, basado en las similitudes entre los huesos de las extremidades de estos antropoides y las de las razas de los hombres modernos antes mencionadas. Esta suposición, se conoce en la evolución del hombre, como la teoría "polifilética" del origen del hombre, en contra de la "monofilética''. Debe tenerse en cuenta, en la primera, que la gran mayoría de las relaciones estructurales, no son explicadas satisfactoriamente.

Por supuesto, que nadie tomó en serio a Klaatsch, y el único que más tarde trató de revivir esas concepciones, fué Crookshank, que en apoyo de su tesis, enunció la peregrina idea de que los negros se sientan en el suelo, como el gorila, con una pierna extendida y la otra doblada por la rodilla; tomando después como ejemplo a Buda, que para él representaba a los mongoles, en su manera de sentarse, que recuerda a los hábitos del orangután.

Otro intento de emparentar al hombre con los antropoides, se hizo por Gabriel de Mortillet, en época bastante reciente (1883), al crear su género **Anthropopithecus** (a partir del oligoceno y plioceno), que después cambió por el de **Homosimius,** con sus especies **precursor, bourgeoisi, riberoi** y **ramesi,** que ocupaba, según él un puesto intermediario entre los antropoides y el hombre.

Entre los intentos por descubrir y estudiar al hombre primitivo, es digna de mención la existencia de una reliquia fósil muy interesante, el **"Homo diluvii testis''** (Hombre testigo del diluvio), encontrado en Oeningen, Baden, en 1726, a orillas del Rhin, descrito por Scheuchzer, que pensó que eran los restos fósiles de un hombre que se había ahogado durante el diluvio bíblico. Posteriormente, Cuvier, hizo su revisión, resultando ser, sólo una salamandra gigantesca (urodelo fósil) del período miocénico. Tschudi la denominó, en honor del primero que la estudió, "Andria Scheuschzeri''.

No es posible, debido a la extensión limitada de estas líneas, referirse a todos los restos humanos fósiles que han servido para

trazar la evolución física del hombre desde su aparición remotísima sobre la tierra. Mencionaremos primero los más conocidos, para citar después los otros hallazgos más recientes, relacionándolos con los anteriores.

El más famoso de todos y el que señala una etapa verdaderamente primitiva en la evolución física del hombre, es el **Pithecanthropus erectus**, descubierto en 1892, en Trinil, Java, por el Dr. Eugene Dubois, médico holandés, quien fué a esa remota Isla del Pacífico, con la deliberada idea de encontrar el "eslabón perdido" entre los antropoides y el hombre. En unas excavaciones que se estaban llevando a cabo en esa Isla, donde aparecieron grandes cantidades de restos fósiles de la fauna pleistocénica, halló unos molares, una calota craneana y un fémur, con características regresivas o simianas los dos primeros, pero el fémur, perfectamente humano; al conjunto resultante se le bautizó con el nombre antes mencionado, a virtud de esta rara combinación de caracteres humanos y regresivos o simianos.

Mucho tiempo antes, en 1868, Ernest Haeckel, había pronosticado que debía existir un ser intermediario entre los antropoides y el hombre, y propuso el nombre de **Pithecanthropus allalus,** que traducido a nuestro idioma, significa Mono-hombre privado de la palabra.

Dubois tuvo el raro privilegio en Paleontología humana, de encontrar lo que había ido a buscar: su famoso eslabón perdido; eslabón que resultó en realidad un intermediario morfológico, aunque no genealógico, entre los antropoides y el hombre; y perdido, como muy graciosamente decía el Dr. Earnest Hooton, Profesor de la Unversidad de Harvard, y autoridad mundial en estos problemas, de quien tuvimos el honor de ser discípulos, perdido, decimos, citando sus palabras, porque una vez hallado por Dubois estos interesantes restos fósiles fueron secuestrados del dominio público, y guardados celosísimamente por él durante más de treinta años, sin que nadie pudiera examinarlo.

Con motivo de otros hallazgos hechos en estos últimos años, de otros **Pithecanthropus,** también en Java se considera este individuo como un ser humano, muy primitivo o atrasado, ignorante o hasta imbécil si se quiere, pero humano al fin. El Profesor William

White Howells, del Museo de Historia Natural de Nueva York, dice, con un amplio sentido de buen humor, lo siguiente, que transcribimos en inglés, por su fino sentido irónico: "Do not try to make an ape out of Pithecanthropus, or Pithecanthropus may make a monkey out of you''. En otras palabras: "No trate de convertir el Pithecanthropus en mono, pues él le puede hacer a usted una monada".

Es interesante destacar las discrepancias anatómicas que se observan en todos estos tipos humanos primitivos, ya que en el presente caso, observamos una calota craneana y unos dientes de tipo simiano o regresivos, y en cambio, el fémur, presenta caracteres específicamente humanos.

Posteriormente, a partir de 1937, Ralph von Koenigswald ha descubierto varios cráneos de **Pithecanthropus** en Java misma, el Cráneo II en Sangiran; el III en Modjokerto (Cráneo juvenil, como de un año) y también en Sangiran, el IV, que ha servido para reconstruir el **Pithecanthropus robustus** de Weidenreich.

Un solo diente que halló el Profesor Davidson Black, en 1927, le bastó, para crear con extraordinaria visión científica, un nuevo género de hombre: el **Sinanthropus pekinensis**, cuyo género fué después confirmado, cuando el 1929, el Dr. Pei, joven paleontólogo chino, dió conocimiento de que había encontrado una calota craneana, en casi perfecto estado de conservación. Colaboró en este importante suceso, el también famoso paleontólogo Pierre Theilard de Chardin, S. J., Consultor del Servicio Paleontológico Nacional de Cuba. Por cierto, y como dato curioso, este descubrimiento se hizo precisamente, el día antes de dar por terminadas las excavaciones en esa región.

El sitio de ambos descubrimientos se llama Chou-kou-tien, y se encuentra situado a 42 millas al SO. de Pekín. Desgraciadamente el Dr. Black murió poco tiempo después a consecuencia del excesivo trabajo que desarrolló durante estas investigaciones; pero los ejemplares se siguieron sucediendo, y hoy en día se pueden contar más de 40 muestras de Sinanthropus, que han servido para reconstruir con mucha precisión la verdadera forma de su cráneo. Este individuo está relacionado con los del género Pithecanthropus, aunque quizás su evolución sea un poco más adelantada.

El hombre de Piltdown o **Eoanthropus dawsoni,** llamado así en honor de su descubridor, Charles Dawson, abogado, que vivía cerca de Brighton, Inglaterra, y estudiado por Sir Arthur Smith Woodward, presenta la particularidad de poseer, después de reconstruído, una bóveda craneana parecida a la de los bosquimanos del Africa del Sur, pero en cambio, su maxilar inferior o mandíbula, es eminentemente simiana, con todas sus características inherentes. Hay controversia con respecto del terreno en que se encontró; para unos del pliocénico superior, pero para los más, del pleistocénico inferior. Presenta una vez más discrepancias anatómicas.

El **Homo heidelbergensis,** reconstruído gracias a una mandíbula hallada en 1907, en la villa de Mauer, como a siete millas de la ciudad de Heidelberg, descubrimiento hecho por el Dr. Otto Schoetensack, de la Universidad de Heidelderg, Alemania, quien estuvo por más de veinte años buscando en un corte del terreno dado en ese lugar, presenta las condiciones más espectaculares de discrepancias anatómicas, puesto que en una misma pieza ósea, la mandíbula, se observan características regresivas, como lo es su anchísima rama ascendente, ausencia de mentón o mentón fugitivo, escotadura sigmoidea poco profunda, etc. En cambio posee una serie continua de dientes en donde no sobrepasa el canino; su arcada dentaria es parabólica y la constitución misma de sus dientes, todos estos últimos caracteres perfectamente humanos. Fué encontrada a cerca de treinta metros de profundidad, por lo que ese solo hecho le da una antigüedad muy grande, probablemente fines del pliocénico.

El **Javanthropus soloensis** u Hombre de Solo, Trinil, Java, del pleistoceno superior. Más de 11 cráneos y fragmentos de cráneos, encontrados en Ngandon forman esta serie. Oppenoorth, lo bautizó con ese nombre, pero modernamente, se considera un nombre inadecuado, pues lo coloca en un género separado, lo que hace notar Weidenreich, ya que hay gran semejanza con el hombre de Neanderthal. Ese autor, lo estima como un paso intermediario entre los géneros **Pithecanthropus** y **Sinanthropus,** y dice que el género **Palaethropus** le vendría mejor.

Lugar de honor ocupa ahora la Raza de Neanderthal, como modernamente se considera al grupo entero de los Neanderthals, todos del plesitoceno medio. El problema consiste en determinar si este grupo está representado por especies diferentes pertenecientes todas a una raza, o variedades distintas del hombre o de los hombres actuales.

El hombre de Cro-Magnon, u **Homo sapiens fossilis**, tiene casi todas las características de los hombres actuales y por eso no vamos a describirlo en este pequeño trabajo.

América resulta extremadamente "joven", para mezclarla en estos problemas. El punto de vista capital en ella, es el del poblamiento, antes o después de la última glaciación que asoló a Europa, llamada de Würm y en América de Wisconsin. El hombre de Folsom, de Vero, de Trenton, de Calaveras, de Sandía, etc., a todos ellos se les supone como desprendimientos de los hombres del neolítico reciente, procedentes del NE. de Asia, y penetrando a través del estrecho de Bering. Aun el mismo de Tepexpan, a quien se le asignaba una antigüedad de 15 ó 20,000, ésta se ha ido reduciendo cada vez más y más; se le ha estimado posteriormente en 11,000 años, después en 8,000 y por último, con las investigaciones modernísimas de Liby, de la Universidad de Chicago, determinando la edad por medio de uno de los isótopos del Carbón, o séase el Carbón 14, su antigüedad se ha reducido hasta unos 6,000 años. Como se ve estas edades no son apreciables en estos problemas.

Hemos dejado para lo último, tal vez lo más espectacular de todo este dilatado proceso de la evolución física del hombre. Nos referimos a los últimos descubrimientos de Paleontología humana, incluyendo los del **Pithecanthropus robustus**, del que ya hemos hablado anteriormente; del **Meganthropus paleojavanicus**, y del **Gigantopithecus blacki,** al que Weindenreich prefiere llamar **Giganthropus blacki.**

Todos ellos han recibido el sobrenombre de antecesores gigantes del hombre actual. Algunos anatomistas se han entretenido en calcular sus tallas, que dan, para el **Pithecanthropus robustus** una de 6 pies y medio; para el **Meganthropus paleojavanicus**, una de 10 pies, y para el **Gigantopithecus blacki** como de 13'. El **Me-**

ganthropus, fué reconstruído por Weidenreich fundamentado en un fragmento de mandíbula enorme, y se supone que vivió unos 500,000 años. El **Gigantopithecus,** del pleistoceno inferior, utilizando para su reconstrucción tres dientes (molares) gigantescos, encontrados por von Koenigswald entre los dientes de "dragón" para curar enfermedades, que se vendían en algunas "Boticas" de Hong Kong. El volumen de la corona, es como seis veces más voluminoso que el del hombre actual.

En conclusión, podemos establecer una especie de escala ascendente con los nombres siguientes: **Giganthropus blacki; Meganthropus paleojavanicus; Pithecanthropus robustus; Pithecanthropus erectus; Sinanthropus pekinensis; Eoanthropus dawsoni; Homo heidelbergensis; Homo neanderthalensis; Homo rhodesiensis; Homo soloensis; Homo sapiens fossilis** y **Homo sapiens recens.** Descontando estos dos últimos, por supuesto, TODOS, absolutamente todos, presentan características humanas perfectamente acusadas.

En realidad, nunca nos hemos explicado satisfactoriamente, el incomprensible empeño de algunos autores de achacarle a la humanidad, un origen tan obscuro y tan poco edificante, como es el de proceder, aunque sea evolutivamente, de los bestiales antropoides. A propósito de esto, no hace mucho nos encontramos con un amigo, poseedor de vasta cultura, quien hacía el siguiente razonamiento muy atendible: si es verdad, decía, que procedemos de los antropoides, ¿cómo es que ellos a su vez no acaban de evolucionar y siguen existiendo tan campantes, desde hace tantísimo tiempo?

Sin duda alguna, tenemos que darle gracias a la Providencia, que ha permitido que un grupo tan esforzado como distinguido de hombres de ciencia, esté tratando de rescatar la justa jerarquía que ocupa la dignidad indiscutible y suprema del linaje humano!

Dos referencias bibliográficas

H. G. Wells: Breve Historia de la Humanidad.
Hendrik W. van Loon: Historia del Hombre primitivo.

Levy Marrero

Los troncos étnicos y sus ramas

EL hombre, esa criatura imprevisible que se ha adueñado, en solo unos milenios, de un mundo cuya edad mínima se calcula en más de dos mil millones de años, posee, junto a su unidad raigal de especie zoológica, tal multiplicidad de variedades raciales, que su identificación y análisis se considera etapa previa e inevitable al estudio del proceso histórico de la humanidad. A ello se debe que, tras la presentación del mundo prehistórico y de sus habitantes, entremos ahora a exponer, aunque necesariamente de modo esquemático, el complejo problema de los troncos étnicos y las múltiples ramas raciales que constituyen el árbol genealógico de la humanidad presente.

Es cosa definida que, no obstante las diferencias que presentan los grupos raciales en cuanto a color, configuración del cráneo, aspecto del cabello, color de los ojos y otros cien detalles, el hombre constituye una especie única, el **Homo sapiens** de los zoólogos. Originados en un ancestro común, los habitantes de la tierra aparecen formando grupos morfológicamente distintos desde que sobre las tinieblas de la pheristoria comienzan a brillar débilmente las primeras claridades históricas. La preocupación por una clasificación racial, y por una explicación de las variedades somáticas entre los hombres, se observa ya entre los primeros civilizados. Los egipcios iniciaron la clasificación de sus vecinos tomando como base su aspecto exterior y los hebreos quisieron explicarse la diferenciación racial, adjudicando como padre de cada una de los principales troncos étnicos, a uno de los hijos de Noé: Sem, Cam y Jafet.

La antropología, ciencia que ha logrado rápidos avances en los últimos años, gira en torno al concepto de raza, casi siempre mal empleado, y más de una vez desvirtuado, al ser puesto al servicio de ambiciones nacionalistas, o de absurdos intentos de justificación de superioridades inexistentes. Como nuestra charla ha de incidir reiteradamente en este concepto, resulta útil, desde ahora mismo, exponer lo que la ciencia actual considera raza: una agrupación natural de seres humanos que presentan un conjunto de caracteres físicos hereditarios, comunes, sean cuales fuesen sus lenguas, costumbres, religiones o nacionalidades.

La anterior concepción de la raza elimina de inicio, el criterio anticientífico de la raza nacional, fuente de prejuicios; no hay, pues, necesariamente, una raza germana o una raza turca. Tampoco es científicamente válido el criterio empleado a veces como expediente didáctico y otras como instrumento político, de razas basadas en la unidad del lenguaje. Tal es el caso de la llamada raza aria, basada en una hipótesis lingüística, cuya existencia real no impidió la creación de una tenebrosa filosofía de conquista y exterminio. Tampoco una religión común puede justificar la creación de una raza, como ocurre erróneamente con la llamada raza hebrea.

La inexistencia de numerosas ramas étnicas sobre la faz de la tierra tiene una explicación biológica. El **Homo sapiens** es la única especie animal capaz de vencer los obstáculos del medio y moverse a sus anchas sobre el mundo. Mientras los factores ecológicos limitan a un área restricta a las demás especies, el hombre se ha ido extendiendo hasta ocupar prácticamente todas las zonas habitables de nuestro planeta. Los distintos medios conquistados por el hombre le han impuesto, a su vez, variaciones en su constitución y en su aspecto, principalmente bajo la influencia del calor, de la humedad, de la altura y de la alimentación. Estos factores ejercieron en los orígenes de la humanidad una acción capital sobre la morfología de los seres humanos y han diferenciado a los negros, a los blancos y a los amarillos (1).

Cabe ahora preguntarnos ¿de qué época data la diferenciación del hombre en los principales troncos étnicos y cómo surgieron las ramas que hoy constituyen los grupos raciales? Los hallazgos, in-

---

(1) Ber, H.

vestigaciones y confirmaciones logrados en los últimos cien años por los indagadores del más remoto pasado humano, sólo nos permiten arribar a hipótesis. Pero hay sin duda, una base científica para sugerir posibilidades razonables en nuestra exposición.

Tomando como base elementos que varias ciencias coincidentes aportan, se puede intentar una explicación posible del origen de la humanidad presente.

El hombre actual, parece ya confirmado, no deriva de los dos primeros grupos reconocidos por los prehistoriadores. Ni el Pitecantropus de Java, ni el Sinantropo de China, que debieron vivir hace no menos de quinientos mil años; ni el hombre de Neanderthal, al cual puede considerársele ya como **hombre**, y cuya dispersión alcanzó desde Marruecos y el oeste de Europa, al Africa del Sur, a Siberia y a Malaya, pueden ser estimados nuestros antepasados directos.

La humanidad de hoy desciende, según todos los indicios, de un tercer núcleo. Este tronco común, se estima surgió en Asia, centro de dispersión original, y por tanto raíz del árbol genealógico del hombre moderno. La localización en Asia de los núcleos iniciales de las razas actuales es producto de un proceso de eliminación. Solo en Asia se encuentran hoy grupos pertenecientes a los tres troncos étnicos principales, mientras en los restantes continentes se encuentran representativos de uno o dos, a lo sumo.

Veremos ahora como se intenta la explicación de la diferenciación inicial en el núcleo primitivo del Asia. Un factor determinantes en toda diferenciación zoológica es el aislamiento. Y el aislamiento inicial de los grupos humanos coincidió, según todo parece indicar, con el período de las glaciaciones de la Era Cuaternaria. Durante el último millón de años la tierra sufrió cambios revolucionarios en su clima, que se hizo más frío durante varios períodos. Como consecuencia de este enfriamiento, los hielos polares avanzaron sobre los continentes y los hielos perpetuos que coronan los grandes sistemas montañosos adquirieron proporciones gigantescas. La América del Norte, hasta cerca de lo que es hoy New York, todo el norte de Europa y gran parte de Asia, quedaron cubiertos por enormes masas de hielo.

Las glaciaciones, que en la América del Norte darían origen a los Grandes Lagos, en Asia iban a ser factor decisivo en la diferenciación racial de la humanidad. Una imponente barrera de hielos que cubría los montes del Himalaya, del Irán y del Cáucaso, dividía de este a oeste el continente asiático, aislando la sección meridional de la del norte. A la vez, los glaciares de los montes Altai, prolongándose hasta el actual lago Baikal, separaban la sección norte en dos partes, una oriental correspondiente a la Manchuria y la China actuales y otra, occidental, ocupada por la actual Siberia.

En estas tres zonas, separadas por las montañas y los glaciares, debieron diferenciarse los tres grandes troncos étnicos que constituyen la humanidad actual.

En la sección meridional del Asia, limitada al norte por la barrera que se extendía del Irán al Himalaya, se formarían los grupos dolicocéfalos —o sea, de cráneo largo y relativamente estrecho—, de pelo lanudo, piel oscura y nariz ancha, a los cuales puede denominarse **homínidos del sur** y que son los antepasados de las actuales razas negras y negroides.

En la sección septentrional, en las áreas correspondientes a la Manchuria y China, debieron formarse grupos braquicéfalos, —o sea, de cráneo corto y ancho—, cabellos lacios, piel amarilla y nariz más bien ancha, de los cuales se derivarían las razas mongólicas; se les puede llamar los **homínidos del este.**

Al norte de la barrera del Himalaya y al oeste de las montañas del Altai, en la actual Siberia, deben haber aparecido los dolicocéfalos, de cabellos ondulados, piel clara y nariz estrecha, o sea, los **homínidos del oeste,** precursores de las razas blancas.

De esta diferenciación original en tres grandes troncos étnicos se hace depender la actual subdivisión en ramas étnicas, que incluye veintisiete razas. Estas nuevas ramas debieron diferenciarse, a su vez, bajo los efectos de los nuevos medios en que se establecieron.

Pero la dispersión de los integrantes de los troncos iniciales, su toma de posesión del mundo, es también una de las grandes interrogaciones previas a la historia. La hipótesis anterior se comple-

menta con una explicación posible de la forma en que los troncos iniciales de raíz asiática, se diversificaron en numerosas ramas.

Los **homínidos** del sur, tronco de las razas negras, se movieron en dirección SO. hacia el Africa y hacia el SE. hasta alcanzar las islas de la Oceanía. Los más antiguos de estos pueblos alcanzaron Australia y constituyeron también los vedoides, refugiados hoy en las regiones más inaccesibles de la India. Estas dos razas constituyen los pueblos más primitivos de la humanidad actual. Nuevas oleadas de los homínidos del sur, dieron origen después a las razas negras actuales, que se extienden formando una especie de arco en torno al océano Indico.

Los **homínidos** del oeste se movieron desde Siberia hacia Europa hará apenas treinta mil años, representados por el hombre de Cromagnon. Su diversificación posterior dió origen a las grandes ramas raciales europeas: nórdicos, europeos del este, dinórdicos, alpinos y mediterráneos. Al mismo tiempo la retirada de los hielos permitió el avance hacia el este de los pueblos blancos que alcanzaron hasta el Japón, donde la raza **ainú** constituye su último residuo. Más tarde se produjo la invasión del Africa del Norte por los primitivos pueblos blancos. Los guanches encontrados por los españoles en las Islas Canarias en el siglo XV, se estiman descendientes de estos cromagnones. Podemos señalar incidentalmente que, a través de la colonización canaria, sangre guanche circula hoy en una parte considerable de la población cubana.

Los **homínidos** del este, que constituyeron la base de las grandes razas mongoles, no sólo se posesionaron del Asia oriental, sino más tarde ocuparon la Siberia suplantando la primitiva población blanca, continuaron a través del estrecho de Behring y se adueñaron, en oleadas sucesivas, del continente americano. Hacia el sur alcanzaron las islas de Oceanía.

Esta distribución original de las razas, basada en hipótesis muy atendibles, explica la multiplicidad actual de las ramas étnicas. Hoy se consideran cuatro grandes troncos étnicos: 1) las razas negras primitivas (australianos y vedoides) en trance de desaparecer; 2) las razas negras o negroides constituídas por siete ramas étnicas; 3) las razas blancas, constituídas por diez ramas, y 4) las razas amarillas, que comprenden ocho ramas.

La distribución geográfica original de troncos étnicos dió a los blancos el predominio en Europa, en el Asia occidental y en el norte de Africa; a las razas negras el Africa situada al sur del Sahara, y a las razas amarillas el Asia Oriental, gran parte de Oceanía y la América. Pero a lo largo del proceso histórico el concepto especial de la raza se hace flúido, impreciso. Al mismo tiempo las oleadas humanas representadas por conquistas, colonizaciones y migraciones, han puesto en crisis, definitivamente, el concepto de la pureza racial.

●

Vimos que hace cinco mil años los egipcios mostraban su preocupación por el problema de los grupos raciales. Esta preocupación, que en ciertos momentos ha adquirido perfiles dramáticos, se ha mantenido vigente a lo largo de la historia humana. Tan es así, que en julio del presente año la Comisión de Expertos de la Unesco sobre Problemas Raciales, se reunió en París para, con la colaboración de un grupo de notables hombres de ciencia ofrecer una concepción clara y objetiva de la raza, a la luz de las más recientes investigaciones.

Terminaremos nuestras palabras reiterando las conclusiones justicieramente militantes, del informe de la Comisión de la Unesco sobre problemas raciales:

"Los únicos rasgos a que pueden recurrir los antropólogos, como base para sus clasificaciones raciales, son exclusivamente físicos y fisiológicos.

"En el estado actual de nuestros conocimientos no hay nada que aporte una prueba concluyente de que los grupos humanos difieren entre sí por sus caracteres mentales innatos, trátese de la inteligencia o del temperamento. La ciencia demuestra que el nivel de las aptitudes mentales es casi igual en todos los grupos étnicos.

"Los estudios históricos y sociológicos corroboran la opinión, según la cual las diferencias genéticas no tienen ninguna importancia en la determinación de las diferencias sociales y culturales que existen entre los diferents grupos del **Homo sapiens.** Los cambios sociales y culturales de los distintos grupos del **Homo sapiens** han

surgido, en su conjunto, independientemente de las modificaciones experimentadas por su constitución hereditaria.

"Así, nada prueba que el mestizaje produzca malos resultados en el terreno biológico. Y en el terreno social, los resultados, buenos o malos, se deben, lógicamente, a factores de orden social.

Todo individuo normal es capaz de participar en la vida social, de entender lo que son los servicios mutuos, la reciprocidad, y de respetar sus obligaciones y compromisos. Las diferencias biológicas que existen entre los miembros de los diversos grupos étnicos no tienen relación alguna con los problemas que conciernen a la organización política y social, a la vida moral o al entendimiento entre los hombres.

"Por último, cabe decir que los estudios biológicos corroboran la ética de la fraternidad humana. El hombre es un ser social y no puede lograr el desarrollo pleno de su personalidad sino por medio del contacto y del trato con sus semejantes. El solo hecho de no reconocer la existencia de este vínculo social, común a los hombres, constituye un factor de desintegración. Por ello, ha de decirse que todo hombre es el guardián de su hermano, porque cada ser humano no es sino parte de una humanidad a la que se encuentra indisolublemente ligado".

REFERENCIAS

El Correo (publicación de la UNESCO) julio-agosto de 1950.
Haddon A. Les Races humaines et leur repartition geographique, Paris, 1927.
Ortiz, F. El Engaño de las Razas, La Habana, 1946.
Pittard, E. Las Razas y la Historia, Barcelona, 1926.
Vallois, H. V. Les Races Humaines, Presses U. de France, 1948.

Los troncos étnicos y sus ramas
(Preguntas)

¿Podemos hablar, científicamente, de una raza americana actual? En caso negativo ¿qué término emplearía en sustitución de raza?

¿Por qué parece justificarse, científicamente, que sea Asia cuna de las razas actuales del mundo?

¿Podría señalar dos oportunidades en que el concepto de raza haya sido desvirtuado, tomándosele como señuelo de conquista?

¿A qué tronco étnico se asigna la raza amerindia?

¿De qué troncos étnicos se derivan las primitivas razas de Oceanía?

Francisco Parés

III

Mito y pensamiento en la India

HE ahí un viaje apasionante, quizá el único que el hombre no realizará jamás; ascender por los eslabones de la especie hasta llegar a la primera criatura humana que, en una noche de angustia, descubrió a Dios en sí mismo. Revelación genial: el ser humano es carne y sangre, pero también, llama espiritual, impulso infinito. Fué en una velada terrible, en el misterio de la prehistoria: agazapado en el fondo de una gruta, solo en un mundo enorme y peligroso, rodeado de frío y amenaza, de bestias gigantescas, de misterios telúricos, el hombre se descubrió de repente de rodillas ante Dios. En el momento en que el hombre se hinca de rodillas, realiza el acto más decisivo de su historia: porque, al levantarse, se ha segregado del contorno zoológico. Y desde entonces, yergue la frente en redención suprema de la especie, en signo de su conciencia de hombre.

Ss ha empleado la palabra Dios, pero se ha empleado mal. La idea del Dios cristiano tardará en germinar tres o cuatro mil siglos. La conciencia que acaba de estrenar el hombre le dice, simplemente, que la estrella y el pájaro, el sexo y la pavorosa inmovilidad de los muertos entrañan una fuerza invisible, un poder superior, dispensador de felicidad y castigo. Pero primera idea de deidad, a pesar de todo. Idea de una voluntad superior a la del hombre, que le hiere o le bendice. Hoy la ciencia, a fin de sistematizar el fenómeno religioso, adjudica a esta fuerza oscura e indefinible la palabra "mana". Por "mana" entenderemos la más antigua actividad espiritual del hombre. Se refiere primordialmente al círculo físico que rodea al ser primtivo. Primera reli-

gión, por tanto, que no rebasa la órbita de la naturaleza. Su primer rito es un gesto de miedo. Y su primer efecto, poblar el universo de presencias invisibles, reguladoras de estaciones y tempestades, titulares del bien y del mal. El hombre, en su primera noche de Valpurgis se adjudica una hermandad fantástica, celeste y exigente. El hombre ha dejado de sentirse solo. Volverá a sentirse solo, siglos y siglos después, cuando harto de sistemas y milagros, renuncia a la primera conquista de la especie: renuncia a Dios.

Un día, milenios más tarde de aquella primera noche de espanto, el hombre contempla el secreto de la semilla germinada. Y amanece entonces la primera deidad particular, el dios de la germinación. Otro salto en el tiempo: ante la forma yacente de un semejante herido por el rayo, el hombre tiene la súbita revelación de su miseria individual. Y no la acepta. Mayor angustia, si cabe, que ante el mundo terrible de la naturaleza. Horror a la muerte y decisión de vencerla. Y la vence, mediante una mutación formidable en su fragua consciente: puesto que la muerte del cuerpo es inevitable, el hombre decide salvar la llama espiritual, el infinito de su ser desencarnado. La idea de alma es consubstancial con la idea de eternidad. Y ésta, con la idea de culto a los antepasados.

Y puesto que el hombre es vida anímica, también será vida anímica la semilla, el rayo, la estrella y el sexo. Y en estas almas menores, quizá, se encierre una partícula de poder supremo. Y tal vez pueda domeñarse la voluntad del rayo, de la serpiente y de la muerte, si el hombre le reza y le propicia. Ha nacido el animismo en su forma más grosera. Sigue el desfile de los siglos: y ante la deidad rebelde que no accede al rezo, se levanta un altar de piedras planas. Y a la caída de la tarde, en silencio único, el hombre sacrifica otro hombre al dios rebelde. La magia del sacrificio, desde entonces, plantea un interrogante altísimo: ¿por qué el hombre, al descubrir a Dios, descubre también el fondo siniestro de su naturaleza? ¿Qué ley maldita condena al hombre a ser, al mismo tiempo, impulso hacia lo alto y descenso hacia el abismo? ¿Qué sentido tiene vivir en un mundo, —dirá un sociólogo— en el que los hombres, desde su eclosión espiritual, son verdugos de los hombres?

Dioses, tensiones, verdugos, holocaustos, aquelarre de animismos... Este es el humus espiritual en que germinan las primeras culturas humanas. La conciencia de este aquelarre es indispensable en la interpretación de los complejos conocidos con el nombre de cultura hind-, china, egipcia, babilónica, etc. La necesidad se hace más evidente si en el viaje hacia el pasado nos detenemos unos minutos en el mareante laberinto de la India, en las épocas germinales que, partiendo de un mito, un grupo humano cristaliza en destino único, irreductible y pesimista.

●

Las culturas primarias, sin excepción, arrancan de un mito. Por mito entenderemos un hecho legendario. Pero así como la leyenda simple se refiere a los mortales, el mito se refiere a los dioses. El mito, en consecuencia, es el origen, envuelto en brumas sobrenaturales y ofrecido en forma poético-legendaria, en que una cultura encuentra su razón de ser, religiosa, filosófica, política. Mediante el mito, una cultura se confiesa en su pórtico de entrada. El mito no explica la formación del mundo: la encierra en nubes fantásticas. Y puede afirmarse que la cultura decae, se petrifica, cuando el mito inicial empieza a ser incomprensible. Se ciega, entonces, la fuente inspiradora de la cultura viva.

Por pensamiento entenderemos el conjunto de formas racionales, lógicas —hay varias lógicas y la lógica hindú es completamente distinta de la occidental, por ejemplo— en que el mito se convierte en filosofía y, más tarde, en tendencia social y política. Mediante el pensamiento se pretende explicar el origen del mundo, partiendo de la bruma configuradora del mito. Pues bien: la cultura hindú es uno de los ejemplos más acabados de fijación pétrea, en sistema filosófico, de un principio mítico inmutable. Evoluciona lentamente gracias a aportaciones sucesivas, pero nunca se desgaja del sentido primario del mito: rechaza invariablemente las innovaciones que, andando el tiempo, atentan contra la proyección inexorable del pensamiento. Por esto, en estas líneas, se hace caso omiso de Buda y de Mahoma. El primero nace en la India, pero su reino cuaja fuera de la India. El Islam penetra en

la India, pero permanece segregado, en lucha constante. Llamaremos brahmanismo al desarrollo religioso general de la India. Y llamaremos hinduísmo a la posición política y social del hombre brahmánico, en su ruta a lo largo de la historia.

Partiendo de aquel trasfondo animista primitivo, se particulariza en la India una religión fabulosa y desconcertante: tarda veinte siglos en perfilarse y cinco minutos en pudrirse. Sus períodos son ampliamente conocidos: védico, brahmánico, budista, neo-brahánico y de decadencia. Los Vedas, cúmulo de poemas religiosos, pautan el primer período y configuran el sentido del mito inicial. El Código de Manú es el primer índice político. Los Brahmanas, colección canónica, determinan el segundo período y establecen el cuerpo matriz de la doctrina filosófica. La aparición de Buda interrumpe la elaboración del pensamiento brahmánico, pero no la destruye. Los Upanishadas, compendio de filosofía laica, cierran el perído creativo final. El antiguo Código de Manú se depura y se convierte en Manava-Dharma-Sastra. Por fin, último período, el mito y el pensamiento religioso degeneran en magismo ritual, y el impulso místico, profundo y grandioso, se disuelve en tétrica maraña sin sentido. Y la gran cultura primitiva de la India se transforma en momia que deambula entre el Indus y el Ganghes, lenta y vacilante, adorando a su diestra un montón de excrementos y a su izquierda un amasijo de serpientes.

El mito inicial del brahmanismo se deduce netamente de la primera idea que tiene el hombre primitivo de las fuerzas oscuras de la naturaleza, pero se eleva inmediatamente a un plano metacósmico. El primer Dios en quien la idea se hace perfil y cuerpo es Prajapati, el creador del mundo. Pero Prajapati es el creador del mundo sólo en la medida en que el albañil es el creador de un edificio: el impulso creador, así como la sustancia, emanan de una fuerza suprema llamada brahmán. En consecuencia, el centro mítico de la India descansa en algo eminentemente impersonal. Es indiferente la manera cómo este centro mítico es relatado en los libros poético-religiosos: hay en la India más de trescientos sistemas, de los cuales seis están estimados como brahmánicamente ortodoxos, aunque sean contradictorios entre sí. A veces, el mito

central coloca su énfasis en Indra, diosa del cielo, otras veces —período pesimista— en Kali, diosa de la sensualidad y de la muerte. Pero el principio fundamental permanece inalterable: por encima de los dioses, una fuerza última, sagrada, impersonal, inenarrable, todo lo crea, todo lo absorbe, toda lo determina. De entrada, por tanto, el brahmanismo es a la vez terriblemente monoteísta y descaradamente politeista. Empieza el juego de afirmaciones que concluye en la máxima negación ideada por el hombre.

Esta fuerza superior no es ni el Bien ni es el Mal. Es, al mismo tiempo, bien y mal, luz y oscuridad, vida y muerte. Es lo sublime y lo monstruoso. Pero no separado, como en el Zoroastro, sino conjunto, unitario, indivisible. Mediante el rito y el sacrificio cabe excitar a los dioses en el sentido de que, del brahmán todopoderoso, deduzcan en beneficio de los hombres una partícula de bien, de luz, de vida. Pero no todo el mundo posee la clave del rito. La clave pertenece al grupo de los ilustrados, de los sacerdotes. Y así, un grupo humano se aparta del conjunto y se constituye en rector religioso y social. Como sea que el sacerdote es el único capaz de excitar la fuerza oscura que se llama brahmán, en lo sucesivo se le llamará también brahmán. Y puesto que en su voluntad estriba aplacar o irritar a los dioses, pronto se elevará, él mismo, a la categoría de Dios. Primera traducción social del mito primitivo: estratificación de la sociedad en castas.

Las invasiones arias consuman la posterior división: el guerrero, por la fuerza de las armas, somete al resto de la sociedad, pero se inclina ante el brahmán. El guerrero y sus descendientes se llamará chatria. El cultivador o mercader sometido, así como sus hijos, se llamará vaishia. Y por último, el hombre que no es nada, piojo de la tierra, mendigo o desheredado, se llamará sudra. De una vez y para siempre la sociedad se abre en compuertas de origen mítico y se cierra aprisionando hombres y dioses, sin intercomunicación posible. La pirámide de cuatro cielos está formada. Desde luego, el terremoto de las invasiones arias no habría sido suficiente para asegurar la permanente división social en castas, de no haber existido la crisálida configurante del brahmanismo. En el estudio del quietismo espiritual se cristaliza el quietismo

social, se llega al enigma más profundo del hinduísmo, al seno misno en que religión y filosofía determinan posturas históricas totales ante el reto del destino. Seno grandioso y profundo que el pensamiento occidental ha estudiado desde la traducción de los Upanishadas al alemán, a principio del pasado siglo, y que ha producido varias interpretaciones distintas. Puede decirse, sin miedo a error, que el fondo del hinduísmo sigue siendo algo difícilmente comprensible para el hombre de la cultura de occidente.

He ahí, no una interpretación, sino sólo un atisbo: Brahmán, idea sagrada impersonal, es principio único: es el Todo. Y cuanto en el mundo repta o vuela, duerme o acecha, no es más que este Todo, particularizado en formas varias, pero engañosas. Los ojos humanos dicen: esto es una flor, esto es una colina. Pero los ojos humanos dicen mal. La colina y la flor son la misma cosa, son una misma sustancia. Tienen atributos distintos, pero los atributos son espejismos de los sentidos. Todo es Uno y Uno es Todo. Pero al mismo tiempo, Todo es Nada. Brahmán, poder supremo, es un Nada inenarrable, inasequible, pero principio y fin del Todo. Se halla presente en el hombre, en el animal, en la planta, en la piedra. Vulnerar un lagarto es atentar contra Brahma. Ofender a un semejante es ofenderse a sí mismo, puesto que si el alma es el Todo, todas las almas son eternamente idénticas a sí mismas y al mismo tiempo, eternamente idénticas a las demás. En otras palabras, puesto que el alma humana es un Nada derivado del Todo, no existe individuación posible.

Centro filosófico que determina en el hombre hindú una posición real, práctica: no hacer nada, renunciar a todo. Sentarse a esperar, matando la vida de los sentidos, disparando la voluntad en el blanco de la destrucción de la propia voluntad, a que el alma se disuelva en el seno de Brahma. Posición, sin embargo, que es compatible con el asesinato de la recién nacida, la venta de las hijas menores, la cremación de la viuda conjuntamente con el cuerpo del esposo. No hay contradicción entre el principio de no hacer y el hacer inmoral. Cada cultura tiene su propio concepto de la moral y el concepto hindú tan antípoda del occidental, deriva de la idea de que el alma individual no existe y el cuerpo es un

atributo ficticio. Unica misión del alma: reunirse en el claustro de Brahma, en el punto infinito "donde el alma entra y sale'', el Atmán.

Se llega al Atmán por el camino de la reencarnación: el alma transmigra de cuerpo en cuerpo y de casta en casta, hasta alcanzar la disolución en el Todo. De la casta de los sudras, vidas oscuras de semi-hombres que aun no han transmigrado, hasta la casta de los brahmanes, vidas altivas y solemnes, en cuyo ensimismamiento se rompe la personalidad y el cosmos se consuma en soplo. Atmán, precisamente, significa soplo. Y de cuerpo en cuerpo, saltando de atributo en atributo: rana o sudra, cabra o vaischia, serpiente o chatria, es lo mismo: eslabón pasajero de un alma en viaje hacia la Nada. El tránsito de atributo a atributo y de casta a casta, en este mundo, es inconcebible: Brahma no lo autoriza. Consecuencia: posición práctica del hindú: renunciamiento, abulia, acatamiento pesimista de su condición social, negación del motor histórico, que es impulso, cambio, inquietud. Por eso se dice que el hinduísmo es rigurosamente ahistórico.

Este es el retablo de la India primitiva. Fué, de inicio, un vuelo altísimo, una concepción grandiosa. Por exceso de grandiosidad inicial y por su impermeabilidad a formas nuevas, no puede mantener permanentemente la tensión espiritual. Y en el momento en que el brahmanismo queda definitivamente perfilado, empieza a corromperse por dentro. Queda el testimonio de su arquitectura monumental, en forma de pirámide escarpada, que reproduce en estilos vegetales la división de castas. Queda el testimonio de su plástica demoníaca, simbolización persistente de lo amorfo, de lo infrahumano, de lo obsceno. Queda la Trimurti hindú, última trinidad yerta del brahmanismo: Brahma, Shiva, Vishnú, con el lento movimiento de sus mil brazos serpentinos presiden el destino de doscientos cuarenta millones de seres que siguen afirmando, la cabeza gacha y la voluntad en quiebra, que Todo es Nada, que Nada es Todo, y que el Himalaya, vigía nórdico de la India, es menos que una arruga en la palma de la mano.

Testimonios que afirman, desde el balcón de los siglos, la fatalidad que se encierra en las religiones primitivas: asfixia de la

religión en manos de la iglesia, disolución del mito en mecánicas rituales, conversión de lo sublime en magia tenebrosa. Testimonios de un mundo pretérito que dicen que el hombre es genial y siniestro, de una pieza.

Bibliografía:

La Religión — Nathaniel Micklem.
Hinduísmo y budismo — Max Weber.

Juan Luis Martín

La cultura de la China antigua

PARA representar nuestra imagen mental "cultura antigua'', un chino expresaría "cultura clásica''. En efecto, lo clásico es en China lo antiguo que ha continuado flotando sobre el oleaje de los tiempos, con valores reales, por selección de siglos, de actualidad perenne. Y cultura es para él el acumulamiento por sedimentación de tales productos depurados.

Nuestra palabra "cultura" es una elipsis de la frase nominativa que se empleaba hasta el siglo XVIII, "cultura del pensamiento'', "cultura de la mente", "cultura del alma'', poniéndose en la voz "cultura" toda la significación de cultivo, con alcance metafórico.

Mas para el chino, Cultura (wan hua), tal como por ese bisílabo se representa la imagen, en lo hondo de la semántica, se traduciría más apropiadamente por Civilización.

Y si nos detuviéramos sólo en las calidades ideográficas de los términos, hallaríamos que, para él, la civilización y la cultura no son más que "las relaciones nobles entre muchos hombres'', relaciones de sentir, de pensar, de querer y de vivir.

En la idea de "clásico'', el chino no tiene presentes los valores que le diera Aulo Gelio a la idea similar nuestra, sino las que evoca la acumulación de conceptos de seda, de papel y, sobre todo, de trabajo delicado.

El literato chino contemporáneo, cuando se le dice "ching shu'' entiende siempre "libros clásicos", es decir, aquellas obras que se escribieron cuando más hasta el período de Ming, hacia el siglo XVIII. Nunca le abandona el pasado y en sus escritos juzga necesario aludir a los autores de su vieja literatura. Se regodea

con la alusión, con la metáfora que a veces resulta incoherente, porque toma con otro valor una frase de los antiguos libros de esas obras inmortales, pero no son inmortalidad custodiada como reliquia en las bibliotecas de los especialistas, sino a causa de estar en trasiego constante en nuestros propios días. Sería como si nosotros estuviésemos poniendo, por sistema general de retórica, en los escritos de hoy, alusiones y aún frases, con sentido translaticio, de la inmensa literatura clásica de la lengua castellana.

Esa tendencia del espíritu chino a venerar lo antiguo comenzó a mustiarse poco antes de la Revolución de 1911 y hoy las jóvenes generaciones se inclinan a mezclar la lengua literaria, erigida como un producto artificial sobre la gramática general, con la lengua vulgar del pueblo contemporáneo, movimiento éste que ha tenido entre sus directores al gran filósofo contemporáneo, Hu-shih, y al crítico, Lin Yu-tang.

Por causa de ese apego al pasado, China parecía haberse cristalizado en su vieja cultura para siempre. Mas hoy anhela vencerse a sí misma, enfrenar su propio espíritu para conducirlo por los nuevos caminos, y, puede decirse sin exageración ninguna, que todas las grandes iniciativas del espíritu moderno tienen conspícuos representantes en la clase intelectaul del país, sin renunciar, en manera alguna, a todo eso que le da su personalidad propia y de que tiene justos motivos para enorgullecerse.

Su historia, su maciza historia, interpretada arquitectónicamente por sus viejos historiadores, ofrece una rara continuidad, que casi diríamos única. Los chinos lo saben y cuando comparan sus tablas cronológicas con las nuestras, nos refieren que el emperador filósofo, Yao, floreció tres siglos antes que Sesostris, trece siglos antes de que David fuese ungido rey de Israel y de Judá, y que Confucio nacía por los años en que Ciro echaba los cimientos del Imperio Persa, y que Mencio tenía cuarenta años de edad por los días en que Alejandro Magno, mucho antes de sus campañas sobre la frontera de la India, consumaba la conquista de Egipto.

Los chinos pueden envanecerse de que con los judíos son el único pueblo contemporáneo de los Faraones, que haya llegado, con su madura personalidad nacional hasta nuestros días.

Pero habrá de señalarse que mientras Israel cesó de subsistir como estado (por causas que no tenemos por qué referir aquí), China, como decía en 1909 el Dr. Sun Yat Sen, el gran jefe revolucionario, es todavía un pueblo, una raza, un estado y una cultura, entrabado todo por factores que guardan de su lejanísima antigüedad muchísima más de lo que ha perdurado en ningún otro pueblo de la Tierra, a excepción quizá de los pueblos de la India.

La huella de los siglos está profundamente impresa en la conciencia de ese pueblo que ya filosofaba sobre el bien y el mal, sobre la paz y los beneficios de la civilización, cuando Sesostris, conduciendo sus carros de guerra se desbordaba en dirección de Siria.

Atesora avaramente sus tradiciones y las venera, cita todavía, en la conversación ordinaria, las anécdotas del emperador Yao, que vivió hace más de cuarenta siglos. Ha soldado su mente con la escritura ideográfica y se ha abrazado con ella con arrobo amoroso. Su lengua usual y literaria, aunque no subsista el monosilabismo sino en la grafía, apresó para siempre un complicado sistema de tonos orales, por la preferencia que se concedió a la harmonía tonal y al ritmo de la frase sobre la articulación de los sonidos. Es una nación que ha llegado a nuestros días, por causa del religioso respeto hacia los ancianos y el culto de los antepasados, constituída al instar de una gigantesca federación de familias, con pocos apellidos, más resistente al embate de los tiempos que las doce tribus de Israel. La exogamia es ley todavía en esos clanes, que celebran, cada uno en fecha diferente, a modo de una Pascua Familiar, los ritos conmemorativos del nacimiento del antepasado común. Así, China, a pesar de los cuarenta años de revolución nacionalista y del tremendo impacto de Occidente, continúa siendo, en efecto, un pueblo en donde el apellido, "la vida del corazón" (o de la mente o la memoria), es más importante y exige mayores sacrificios que todo otro signo vincular de agrupamiento social y político. El denominador común de su régimen social es la "piedad filial" (hsiao), que marca las jerarquías sociales, dentro de un sistema paterfamiliar rígido. Obedecer a los padres, venerar a los antepasados y seguir con esto el "camino de la Naturaleza", el Tao, recto sendero de la virtud, para merecer con ello la aprobación del Cielo (T'ien), es su gran regla moral, que de-

fendieron lo mismo el panteísta Lao Tzé que el agnosticista Confucio.

De esa regla se derivan todas las normas de conducta que se sintetizarían, ante el pensamiento moral de Occidente, como manifestaciones llevadas a sus últimos resultados, de la religión natural y de la moral natural, gobernadas por el "Logos", o, en China, el "Tao".

La milenaria observancia de tales principios inconmoviblemente ha dado al pueblo chino una rara unidad de criterios éticos y la fijeza de una medida común de los actos humanos. Para ellos, el hombre no es la medida del mundo, como quería Protágoras, ni la ley eterna emanada de Dios, como profesan los teólogos, sino el "Tao", que mezcla, a pesar de las separaciones abismales, lo Absoluto que está en la ley de naturaleza y lo relativo que está en el hombre.

Pero, al mismo tiempo, tomando tal ética en sus valores positivos, aceptados sin discutir como el descubrimiento máximo del genio nacional, ilustre por su Antigüedad y por su transmisión a través de cuarenta siglos de generaciones, ese realista que es el chino, amante de lo concreto, jamás en sus especulacions a la abstracción suprema y se detuvo en el umbral de la Metafísica.

La exposición de sus doctrinas morales no la hicieron nunca los filósofos chinos (carentes de Revelación) por métodos dialécticos, o por encadenamientos silogísticos. La prueba de sus doctrinas la aportan en la experimentación del alto moral. En sus libros, por medio de una anécdota, lleva a una conclusión y luego la substancian con otras anécdotas que, con el tiempo, adquieren valor de tradición y leyenda.

Dentro del círculo de la filosofía china son inconcebibles un San Dionisio, un San Agustín o un Santo Tomás de Aquino, o un Kant, o un Hegel. Si quisiéramos valernos de un término actual, diríamos que los chinos son existencialistas a la manera del Evangelio, pero bastante distantes de las consecuencias que dedujo San Pablo. Les interesó poco, por no decir nada, la indagación de la naturaleza del pensamiento.

Daban por existente un orden preternatural y divino autor de dos virtudes culminantes, a que todo acto humano se subordinaría:

la justicia o rectitud, llmada "yi", y la benevolencia, llamada "yin", como designios delestiales puestos en cada hombre, que los obedecería, desde el emperador hasta el último "nam-yan", o tosco campesino. Dependiente de éste, el orden humano se regularía por la piedad filial (hsiao). No buscaron, sin embargo, la ley de causalidad entre ambos órdenes, el humano y el divino, como se hizo en la India y más ampliamente en Occidente. No había más causa para admitir y observar las normas del "yi", el "yin" y el "hsiao", sino su calidad excelsa de haber sido probadas durante milenarios enteros, desde tiempos del virtuoso emperador Yao hasta los días que se consumen. En una palabra, son productos de la civilización (wan hua), contenidos en los "chin shü" y tales valores no se discuten, sino se aceptan, por normales y normales por naturaleza.

La única modificación apreciable que se introdujo en ese ambiente la trajo el Budismo que, sin embargo, no logró operar variaciones capitales sobre la inconmovible fijeza de la primitivísima tradición. Es cierto, sin embargo, que la serenidad del Buda, frente al reconocimiento de la incontrarrestable mutación incesante del mundo, hizo al chino resignado y seguro de sí mismo, despreciativo del dolor, aceptado como algo quizá más natural que el placer. Pero, con todo, China no desarrolló, como el judaísmo y el cristianismo, una doctrina de sufrimiento. Nunca pasó de lo pragmático de las enseñanzas de Sidharta Gautama.

Puede afirmarse que China desarrolló su propio budismo, con una síntesis de las tres escuelas más conocidas. La tibetana le dió la afición al estudio profundo de los sistemas; la de Ceilán, un avanzado ascetismo de los confesantes más devotos; y la japonesa, un sentido de ascética dinámica y proselitista, que, a simple vista, encaja mal con las otras dos. Debido a esta sincretización, puede decirse que hoy por hoy, el "Shih Chiao", o budismo chino, es la escuela cargada de eclecticismo que más atrae en el mundo budista.

El mahometanismo y el cristianismo han ejercido influjo secundario, aunque de las dos el islanismo está en decadencia. El cristianismo le disputa el campo al budismo.

En el pueblo, con mayor extensión que toda otra enseñanza filosófica o religiosa, predomina el loatzismo. Su fundador es Lao

Tzé, que nació en el año 604 antes de Cristo, en la provincia de Honán. Su obra canónica más leída es el "Tao Te Ching-shü".

Declara que el hombre debe dirigir su voluntad por el Tao, o camino del Cielo, realizando la justicia, la benevolencia y la piedad filial, de un modo armonioso. Es un librito amable, entretejido y acordonado de paradojas. Decía, por ejemplo: "El Tao es inactivo y, sin embargo, nada se realiza fuera del Tao''. La interpretación más precisa sería: "La Naturaleza es inactiva y, sin embargo, nada se realiza fuera de la Naturaleza''. Y recomendaba la imitación del Tao, suprimiendo los apetitos de aquellas cosas que están fuera de nuestro alcance. Añadía: "Las riquezas, el aspirar a honores y dejarse arrebatar del orgullo sólo legan por herencia el infortunio", considerando que todas esas ambiciones, grandes o chicas, no son naturales. Postulaba un principio anarquista: "Mientras más consejos se den a los hombres y más prohibiciones se establezcan, más pobres serán los hombres''. Y defendía la inercia con estas palabras: "Nada hago y los hombres se reforman solos, porque todo quien en algo se empeña, fracasa; librarse de los deseos es sabio''. No obstante, no parecía caer en la cuenta de que para ajustarse a la naturaleza, en su orden normal, es preciso conocerla y esforzarse por penetrarla. Su principio fundamental está expresado en estas palabras: "No hagas nada que te desvíe de lo natural". Y con esa máxima de su naturalismo moral, pretendía remontarse a la imitación del Absoluto, adentrándose en la serenidad de los caminos, el Tao, que carece de atributos, porque, según sus escasas definiciones, es Infinito.

En el orden humano, fuera de su menguadísima metafísica, que no toca ni a distancia a Pitágoras, y que está muy lejana de Aristóteles y Platón, era un voluntarista, cuyo método consistía en dejar que la voluntad fuese guiada por la conciencia, una conciencia libre de apetitos, que sería libre para poder entrar por la ruta de la mayor justicia y de la más cernida benevolencia.

Por sus audaces paradojas, por lo angosto de su estilo, el Tao Te Ching-shü es oscuro y ha permitido interpretaciones excesivamente especulativas. En cambio, en el Kan Ying-pien shü (Libro Clásico de los Premios y los Castigos) se eleva a la más alta moralidad, al describir las reglas del arte moral. Sobre esta obra

principalmente, su discípulo, Chuang Tzé, que floreció dos siglos después, edificó un sistema filosófico en que se mezclan las prácticas étnicas del ascetismo loatziano con una gimnástica corporal, por las cuales se obtendría la inmortalidad. Esta escuela se asemeja a la de los yogas de la India.

Con el desgaste de los años, el laotzismo cayó en la decrepitud y pasó a ser algo en que su fundador no pensara: una religión primitiva, mezcla de fetichismo, magia y alquimia, que deificó a Lao Tzé, a sus discípulos y a las manifestaciones de la naturaleza. En el año 166 de la Era Cristiana, le erigieron un templo al Maestro y se fundó la patriarquía de los Tao-shih, que ha perdurado hasta el presente. Sus devotos profesantes viven, si son célibes, en monasterios, o como anacoretas, ejercitándose en prácticas por las cuales presumen ganar la inmortalidad. Otros se casan y mantienen a sus familias con el producto de sus estipendios, como practicantes de todas las brujerías. Tienen también un extenso santoral.

Confucio, que fué contemporáneo de Lao Tzé, no es fundador de una religión. Es un moralista, un enseñante de ética. En sus exposiciones y enunciados hay elementos religiosos y recomendaciones de veneración trascendente, más con carácter hortatorio que positivo. Nunca se propone explicar nada que esté fuera del Bien y su práctica, recomendables por su antigüedad. En lo trascendente se declara agnóstico.

En sus Conversaciones hay un párrafo típico. Su discípulo Chi-lú le pregunta acerca de cuál es el medio más apropiado de hacer el bien al espíritu de los difuntos, y Confucio le responde: "¿Cómo tienes la presunción de hacer el bien al espíritu de los muertos, si desconoces cómo hacer el bien al espíritu de los vivos?".

A estas palabras replicó Chi-lú: —"Pero, Maestro, entonces quisiera que me dijeses algo acerca de la muerte".

Al instante, Confucio adujo: —"¿Como quieres, hijo mio, saber nada de la muerte, si apenas conoces la vida?".

El conocimiento de la vida estaba para él en el conocimiento de la experiencia de la civilización china. Sus máximas más representativas son las siguientes:

"No hagas a tu prójimo lo que no quieras para tí".

"Nunca te duelas de que los hombres no te comprendan, porque mayor tristeza debe producirte el que tu no comprendas a los demás hombres".

"Cuando la conciencia reconozca tu falta, no temas enmendarte, porque en presencia de la vida es cobardía conocer lo que es recto y justo y hacer lo torcido e injusto''.

Para dar a conocer la experiencia moral del pueblo chino compiló las obras de la antigüedad clásica en los "Wo Ching-shü'' (o Cinco Clásicos), consistentes en colecciones de trabajos sobre los cambios de la naturaleza, la historia contenida en resúmenes y anales, la liturgia del culto de los antepasados y la poesía. Su pensamiento está expresado en los "Sze Ching-shü'' (o Cuatro Clásicos), cuerpo literario compuesto de las anécdotas selectas del Maestro reunidas por sus discípulos; la Gran Sabiduría (Tai Hok), tratado escrito por su discípulo, Tseng-Tzé, ampliado por comentarios anecdóticos y escolios; la Doctrina del Justo Medio (Chung Yung) o Regla de Oro, obra de su nieto, Tsu-SuTzé; y las obras de Mencio. Este último, que vivió dos siglos después, desarrolla y aplica las ideas de Confucio, en los campos de la economía, la política y la pedagogía, sin separarse ni un momento de las reglas fundamentales de la conjugación vital del yi, el yin y el hsiao.

La diferencia capital entre las dos escuelas, que son las principales de la filosofía china (desdeñando al positivista, Mo-tí), consiste en que Lao Tzé predicaba el quietismo, dogmatiza sobre la entrega a lo natural y normal, en tanto que Confucio impele hacia el dinamismo y recomienda en todo momento la acción individual de perfeccionamiento. Por eso, en Confucio vibran valores de mayor universalidad que en su contemporáneo.

En el orden de la moral práctica, la diferencia entre ambos se manifiesta perfectamente en una anécdota de Confucio, en que el Maestro no se recata en proclamar que ante el mal es preciso obrar con justicia antes que con benevolencia plena, nunca en el grado de pagar el mal con el bien, porque, según dice, esto es contrario a la naturaleza humana, "pues si el mal se recompensa con el bien ¿qué habremos de dejar para premiar el bien?''.

Lao Tzé había dicho, en contraste: —"Soy bueno para el bueno y seré bueno para el malo, porque fuera de la benevolencia no existe bien. Para el leal, tengo mi lealtad lista a ofrecerse; y para el desleal, será también leal, porque asentar la virtud permanentemente en el centro del corazón es benevolencia y es justicia".

Esos principios morales, ese sistema de ética, y la escritura ideográfica, los expandió China, en una conquista pacífica, por todo el Extremo Oriente, Madre fecunda de cultura, cubrió con sus filósofos morales y sus ideogramas todo un mundo. Imbibió de ese elíxir de transformación todo un enorme territorio desde el Trópico de Cáncer a los 60 grados de latitud Norte. Hizo su unidad con esos fuertes recursos civilizadores y los llevó a Corea, al Japón y a Indochina. Fué fuerte en el reducto invulnerable de su tradición familiar.

E hizo más: sin sus ideogramas, sin esa mezcla del dibujo y el tono, el arte del Extremo Oriente no ofrecería, en tantas lenguas disímiles y la riqueza de dialectos, esa delicadeza única, que lo hace uno de los más refinados productos de la emoción estética. Li T'ai Pe, Fu Chu y Wang-shü, los grandes poetas chinos, pintaron en sus versos y cantaron en sus cuadros y son los clásicos obligados para todo un mundo.

Pero en algo fracasó China. Bajo sus constelaciones no nació Aristóteles, ni entre sus paisajes discurrió, trayendo a los hombres un mensaje de Redención, el Hijo de Dios, resplandeciente en la Revelación Cristiana. Lao Tzé nos asombra con su amorosa piedad, mas nunca ascendió tan alto como el estigmatizado del Alverna, San Francisco de Asís.

DISCUSION

DR. MAÑACH: No se podrán contestar todas las preguntas del público, pues son muchas y nos queda poco tiempo. Sr. Parés, ¿quiere usted elegir las más interesantes?

SR. PARES: Tenemos aquí una pregunta firmada por el Sr. Ricardo Celeiro. "Aunque esta pregunta no está tratada, se relaciona con el tema siguiente: "¿Cómo cree usted que se disolverán o se destruirán prácticamente estas religiones tan contrarias al progreso humano?" Es-

ta pregunta en realidad encierra nada menos que el misterio, el enigma, del destino de Asia, puesto que el destino de Asia descansa sobre dos grandes pilares que son la China y la India, haciendo caso omiso del Japón. Pues bien, hay una novela firmada por Herman Hesse, uno de los últimos premios Nobel, que comienza con estas palabras, "para nacer hay que destruir un mundo". En realidad, las formas del hinduísmo son formas ya muertas interiormente, pero siguen permanentes todavía en aquello que es marco, que es habitual, que es costumbre. Pero como esa costumbre determina el ser en movimiento espiritual de millones y millones de individuos, se precisa un proceso más o menos largo en que esas formas ya muertas se vuelquen en marcos jurídicos y políticos más de a tono con el mundo actual. De qué manera, cuál será el vehículo, no lo sé; pero probablemente se engarzará en este destino general y genial que se está levantando en Asia y que quizás, tal vez esta es una gran esperanza, pueda ser una especie de síntesis entre las viejas formas antiguas de la cultura asiática y el pensamiento espiritualista del mundo occidental.

DR. MAÑACH: Bien, muchas gracias. El Sr. Martín va a contestar brevemente una de sus preguntas.

SR. MARTIN: Todas las voy a contestar juntas. Aquí hay una pregunta que presupone que los chinos levantaron la muralla para impedir que la cultura ajena entrara en China. Y lo que los chinos hicieron fué levantar la muralla para impedir que los bárbaros entraran en China. Los bárbaros llamados los hunos, o los "hinu", que decían los chinos, eran la misma gente; es decir, la gente que destruyó años más tarde los imperios de Occidente fueron los mismos bárbaros que trataron de agredir a China y los tártaros. La muralla china era el paralelo 38 en la cultura china de entonces.

DR. MAÑACH: ¿Eso contesta todas sus preguntas?

SR. MARTIN: No, el otro punto es éste: Hay otra que me pregunta si ese afecto a la tradición efectivamente ha sido una causa del atraso de China. El atraso de China se debe a esa causa y a otras muchas más. Inglaterra es un país tradicionalista y no es un país atrasado. La verdad es que en China han conspirado al atraso, en parte la rutina, en parte la falta de vías de comunicación, y en gran parte el hecho de que China es un país sobrepoblado. China tiene en algunas regiones hasta 800 habitantes por kilómetro cuadrado, y esto es una desgracia. China, que tiene los mismos recursos naturales que los Estados Unidos, no ha podido hacer lo mismo porque carece de ciencia occidental y porque tiene exceso de población. Probablemente el mundo americano nuestro se hundiría con un exceso de población.

DR. MAÑACH: Sr. Parés...

SR. PARES: Siguiendo la técnica del Sr. Juan Luis Martín, voy a contestar dos preguntas en una. La primera: "¿Ha influenciado la religión hindú en el concepto actual del Dios único, impersonal, y omnisciente que percibe la actual generación?". Eso de la actual generación es un poco vago, pero en fin. La segunda es: "¿Puede considerarse el fatalismo como un factor predominante en el estancamiento o progreso intelectual, o reside precisamente en su filosofía de que todo es nada?". En cuanto a la primera, desde luego, el hinduísmo no determina, no influye en forma alguna en la aparición de formas superiores religiosas. Esa forma superior religiosa es el monoteísmo, rígido, absoluto. El primero que aparece en la historia es en el bajo Egipto con el nombre de, o sea, la apadrinada por el Emperador Ikhnaton. El segundo es el judaísmo. Y el tercero es el cristianismo. ¿De qué manera puede influir? No hay ninguna relación inmediata. Por otra parte, la idea de Baquelt, es decir, de encarnación de la filosofía hindú, a veces se coloca en algunos de los dioses y diosas, ya en la aparición de las filosofías monoteístas, es inmediato y consubstancial con la aparición religiosa. De manera que no hay relación.

Gustavo Du-Bouchet

IV

El mundo de los faraones

EN la región Nordeste del continente africano está situado el país de Egipto.

Herodoto refiere que el oráculo de Amon respondiendo a una pregunta que le hacían contestó: "cuanto riega el Nilo con sus inundaciones pertenece al Egipto y que egipcios son todos cuantos beben de aquel río, morando más abajo de Elefantina" (1). La inundación anual del Nilo, que convierte en magníficas tierras de cultivo el territorio que cubre con sus aguas el desbordamiento del río, fué el factor determinante de la aparición y el desarrollo de una de las civilizaciones más tempranas e importantes de la Antigüedad. Contribuyendo a su progreso el aislamiento del país por los mares y desiertos que lo rodeaban, que hacían casi imposible —en los primeros tiempos— el ataque de los pueblos nómadas. "Sin el río el país sólo sería una prolongación del desierto" (2).

Hasta el siglo pasado en que se realizaron numerosas expediciones de exploración al centro de Africa y se descubrieron las fuentes del Nilo, los orígenes de este río y las causas que producían su inundación anual eran desconocidas. Los antiguos egipcios estimaban al Nilo como algo misterioso y sagrado, que sólo llegarían a conocer después de la muerte.

(1) Herodoto de Halicarnaso: Los Nueve Libros de la Historia. Madrid, 1919. Pág. 153.

(2) Frías Valenzuela, F.: Historia General. Santiago de Chile. Pág. 30.

Egipto es un territorio pequeño y está dividido por la naturaleza en dos regiones: el Valle o Alto Egipto y el Delta o Bajo Egipto. El Valle se extiende principalmente en longitud y el Delta en anchura, pero sus tierras de cultivo, sus recursos económicos y su población, son casi iguales, haciendo todo esto que se equilibren sus fuerzas. Los dos Egiptos se necesitan: el Delta no puede prosperar sin los recursos del interior; el Valle precisa del Delta, para a través del mismo comunicarse con Europa y Asia.

El Egipto prehistórico parece haber conocido una división en en clanes, agrupados alrededor de una enseña, que constituyen acaso grupos totémicos. La autoridad de un régimen social semejante, se encuentra en manos de los "ancianos" de cada clan. Y parece que esta forma habitual de autoridad entre los protocivilizados que se hallan todavía en este régimen de clan, guió a los primeros egipcios en sus esfuerzos seculares para sanear y cultivar el valle del Nilo.

Como consecuencia surgieron las primeras aldeas, que ostentaban sobre sus puertas fortificadas una insignia: fetiche o talismán, signo de reunión.

Estas dederivaron en pequeños estados, los cuales a su vez se convirtieron en provincias, siendo origen de las circunscripciones administrativas llamadas **nomos** por los griegos, las que se componían de una ciudad o de varias y de un territorio bastante pequeño.

Estos nomos estaban dirigidos por aquellos que se hubiesen distinguido en su fuerza, su riqueza, inteligencia o poderes mágicos. Y es verosímil que estos hombres ricos y experimentados formasen consejos de ancianos, del tipo que aparece al principio de las instituciones políticas entre los primitivos.

Hacia fines del cuarto milenio, Egipto se orienta hacia su decisiva transformación. Las agrupaciones humanas por poblados o clanes se unifican para formar en un principio estados o reinos, después un solo reino.

Al mismo tiempo las industrias eneolíticas crean una civilización verdadera y la escritura plasma su forma definitiva, asociando a los signos ideográficos los signos fonéticos.

Sólo entonces el recuerdo de los acontecimientos puede conservarse de modo distinto al de la tradición oral. La experiencia adquirida se transmite, la historia y la tradición política se crean. Iniciándose un período por el aporte de esta tradición escrita y los monumentos contemporáneos que, formando una cadena ininterrumpida de testimonios, se enlaza a la época moderna.

Antes de reunirse en grandes estados, los nomos debieron sostener luchas durante mucho tiempo para conquistar la preeminencia. Esto se demuestra por la existencia de algunas confederaciones de nomos e intentos de hegemonía de alguno de ellos, hasta que llegaron a constituirse dos reinos de acuerdo con las divisiones geográficas de la región: el del Norte o Bajo Egipto y el del Sur o Alto Egipto.

La contienda continúa entre los dos reinos disputándose la supremacía, triunfando finalmente el del Sur. Entonces surge la monarquía unitaria, patrocinada por el dios Horus, en beneficio de los soberanos del Sur.

El cuadro de esta historia se ha fijado, por los analistas egipcios, en familias reales, y por otros compiladores, en dinastías, desde los orígenes hasta el último período.

Desde los primeros tiempos históricos encontramos a Egipto convertido en un Estado poderoso, gobernado por un monarca que disfruta de una autoridad absoluta.

El rey tiene como misión principal proteger la agricultura y velar por ella, auxiliándose de leyes naturales y sobrenaturales que regulan los trabajos de los campos, gobernando por medio de funcionarios que ascienden de acuerdo con sus méritos, hasta alcanzar las más altas dignidades del Estado.

Además de su nombre personal o de familia, el monarca tiene otros nombres, atribuyéndose a cada uno de ellos un enorme poder mágico, por cuyo motivo sus súbditos no se atreven nunca a pronunciarlos, llamándole en cambio "la gran casa" (par'o) de donde se deriva Pharao, faraón, que es el título que frecuentemente se usa para designar a los reyes egipcios.

El soberano se viste y adorna de manera distinta a sus súbditos, usa la cabeza afeitada como ellos, pero la cubre con una peluca, en su barca luce una perilla postiza; como símbolos que

expresan su autoridad empuña el cetro y en su cabeza aparecen siempre las dos coronas (la mitra blanca del sur y el gorro rojo del norte) que forman el pschent, símbolo de los dos Egiptos reunidos.

El pueblo permanece alejado del monarca, besa la tierra que pisa y cuando se acerca a su persona lo hace lleno de temor. El rey es considerado como encarnación viviente de la divinidad, en él se vinculan todos los derechos y la vida entera de la nación se concentra en la corte. Debido a su influencia la religión, el arte, la ciencia y la literatura evolucionan y progresan.

Los egipcios —como casi todos los pueblos primitivos— creían que el espacio sobre ellos estaba poblado por divinidades y por espíritus maléficos. Más tarde, cuando surgen los clanes, el principio totémico de cada uno de ellos se convierte en una divinidad. Después, ocurre la fusión de los clanes en nomos y cada clan conserva su dios o sus dioses, pero cuando se realiza la unidad de Egipto, el dios del Estado predomina como el más influyente. Horus fué un dios nacional por mucho tiempo. Luego, durante la V dinastía, adquirió preponderancia Ra, personificado en el dios solar Atón; en el Imperio Medio se destaca Amón, muy venerado en Tebas, que identificándose con Ra constituye la divinidad suprema Amón-Ra.

Herodoto nos cuenta que los egipcios eran los más religiosos de los hombres. En efecto interesábanse mucho por las cuestiones referentes al alma y al más allá, admitían como cierto que la vida del hombre continuaba en el otro mundo y de acuerdo con esta creencia, preocupáronse mucho más de la vida futura que de la presente. Lo expuesto anteriormente se comprueba por las tumbas y los templos, construídos para durar eternamente, encontrándose de los palacios y demás edificaciones escasos restos.

Creían que el hombre, además de su cuerpo material, poseía un doble llamado Ka, ser inmaterial que se le parece mucho por la forma, que residía en su cuerpo y era una repetición de la persona del individuo. También existía el Ba o aliento vivificador que al morir sale volando del cuerpo en forma de ave. Es decir, el Ka es una reproducción de todo el hombre y el Ba o alma es una

parte del hombre. Ambos conceptos, el Ka y el Ba, se confundieron posteriormente.

El Ka o doble continuaba disfrutando en la otra vida de todos los placeres de este mundo mientras se conservara el cuerpo del muerto, por esta razón no retrocedían ante cuidado ni gasto alguno para guardar en lugar protegido el cadáver (momia), pues el corto tiempo de existencia terrenal no tenía valor, comparado con la segura perspectiva de los infinitos placeres del otro mundo en el que viviría eternamente. También creyeron que en caso de destrucción de la momia, el Ka o doble podía residir en una estatua que representara fielmente los rasgos del muerto, opinión que explica por qué se han encontrado hasta veinte estatuas de una persona en su tumba. Lo dicho justifica el alto perfeccionamiento a que llegó el arte de embalsamar y el desarrollo de la escultura en la producción de estatuas-retratos.

En la arquitectura y en las otras artes los egipcios progresaron con prontitud, demostrando un perfecto dominio de los materiales y de la técnica, así como un notable sentido artístico. Los templos y sepulcros son los que más nos dicen de sus avances y de la evolución de sus artes. En tiempos de la dinastía III se empezó a substituir el ladrillo por la piedra. Durante la dinastía IV emplearon la técnica de la bóveda y en época de la V los tipos de columnas con capiteles palmiformes, papiriformes y lotiformes.

Los sepulcros evolucionaron, en los tiempos predinásticos no eran más que simples fosas cavadas en el suelo, luego construyeron los hipogeos, más tarde las mastabas y por último las pirámides, "las casas para la eternidad", que se levantan majestuosas en los campos de Gizeh, en las inmediaciones de Menfis, en número de 60 a 70, como testimonio fiel de la cultura a que llegó aquel pueblo extraordinario.

Entre los faraones que legaron su nombre a la posteridad por la grandeza de sus construcciones funerarias y por el apogeo que alcanzó el arte en su época citaremos a Khufu, Khafra y Menkaura, para los griegos Cheops, Chefren y Micerino.

Cheops mandó a edificar la Gran Pirámide, en la que según cálculo de Petrie se emplearon 2.300,000 piedras de unos cuarenta pies cúbicos cada una por término medio. En esta construcción

se estima trabajaron 100,000 hombres durante 20 años. Chefren mandó a levantar la segunda pirámide menor que la anterior, pero también de grandes dimensiones. A este faraón se atribuye la Gran Esfinge, escultura monumental de 20 metros de la cabeza a la base, que está labrada en un sólo bloque de piedra. Esta figura tiene un cuerpo de león con cabeza de un rey, más tarde se edificó un pequeño templo entre sus garras. En tiempos del Imperio Romano esta estatua todavía era muy venerada; a juzgar por las inscripciones personificaba a Harmachis, Dios del Sol. Micerino mandó a hacer la tercera pirámide y el templo que se halla delante de ella. Este rey tuvo fama de bueno y piadoso, cualidad que parece tuvieron también los demás miembros de la dinastía.

La escultura llegó a una perfección extraordinaria, reproduciendo con gran exactitud los detalles anatómicos y la expresión del rostro. Ejemplos de este arte pleno de realismo son "el escriba sentado" esculpido en piedra y la estatua de Chefren en diorita.

La decoración de las paredes de los sepulcros y de las capillas funerarias contribuyó al auge de la pintura y, especialmente, del relieve, que con frecuencia era policromado, representándose escenas de la vida ciudadana o militar, cacerías, ofrendas funerarias, etc. Estos relieves nos brindan un material inapreciable de información en todo lo concerniente a la vida y la cultura egipcias.

Desde muy temprano florecieron en Egipto las ciencias de carácter práctico. Sus construcciones nos demuestran que poseían conocimientos en matemáticas aplicadas; el calendario y la orientación de las pirámides nos hablan de sus adelantos astronómicos; la división de las tierras después de la crecida del Nilo necesitaba de la agrimensura.

Entre las demás ciencias prácticas la que más perfeccionaron fué la medicina. Los médicos egipcios fueron los más famosos de la antigüedad, hasta que a fines del siglo VI A. de C. los griegos comenzaron a llevarles ventajas. La medicina apareció como ciencia pura, mezclándose más tarde con la magia y la hechicería.

Para explicar el progreso que alcanzó la literatura, bástenos citar que existía el cargo de "gobernador de la casa de los libros". La producción literaria fué suficiente para llenar bibliotecas en-

teras. Sobresalen las composiciones de carácter litúrgico o religioso, siendo uno de los textos más notables el llamado libro de los muertos. Hay además himnos a los dioses, como el dedicado a la diosa Nut y el de Ra; plegarias y letanías.

Existió una literatura moral que muestra el alto nivel del espíritu de aquel pueblo, pues predica la dedicación al trabajo, la llaneza en el trato y las buenas formas en la conversación, recomienda la laboriosidad, el amor a la esposa, el respeto a los superiores, etc.

De la época de las dinastías IX y X, momento de decadencia, han llegado a nosotros algunos escritos de contenido filosófico, que reflejan la depresión moral existente en el país. De entonces son las "Meditaciones de un sacerdote de Heliópolis", "Diálogo entre un egipcio y su alma" y "Consejos de un Visir a sus hijos".

El estudio de la civilización egipcia tiene para nosotros importancia excepcional, en ella aprendemos a conocer muchas de las raíces de nuestra propia cultura. Aquella civilización influyó de manera decisiva en el Asia Anterior u Occidental, luego fué llevada a las costas del Mediterráneo y especialmente a Grecia. La raza helénica debe a Egipto —tanto como a Creta— los primeros progresos hacia una civilización, que si bien luego tomó rumbos muy distintos, supo asimilar aquellas enseñanzas que más tarde transmitiría a todo el Occidente.

Bibliografía

Bosch Gimpera, P.: **Historia de Oriente. 2 Vols.**
Moret, A.: **El Nilo y la Civilización Egipcia.**

P. Ignacio Biaín

Pueblo de Jehová

ENTRE las brumas de la antigüedad en Oriente aparece Israel como una caravana de pastores en la vía polvorienta de Babilonia a Canaán. Desde el primer momento, la claridad histórica preside los destinos de este pueblo. A diferencia de otros aledaños, cuya memoria ha llegado a nosotros cuando alcanzaron cierto nivel histórico tras siglos de sedimentación, a éste de Israel lo vemos nacer, crecer, organizarse y adquirir una bien plantada estatura. Se barajan nombres, se citan lugares, se refieren episodios, éxodos, teofanías. El clan se convierte en tribu, la tribu en patriarcado y éste en nación. Por esto, y por su mensaje singular, Israel es un pueblo distinto a todos los pueblos orientales, y en cierto sentido rompe la medida histórica. Su huella es indeleble. Instalado hacia el año 1,250 a.d.c en **Pelishtim,** país de los filisteos, breve área geográfica de 25,124 Kms. cuadrados, los hebreos resisten la voracidad de sus vecinos, se aferran con tenacidad a un exclusivismo nacional-religioso y desarrollan su propia cultura, que, si en algunos de sus elementos ofrece innegable paralelismo con la cultura asiro-babilónica, logra superarlos y decantarlos con su genio impar.

Estimo de rigor despachar por delante un paréntesis: me adhiero a la **historicidad de la Biblia,** que va obteniendo un firme respaldo en los hallazgos arqueológicos. Si sobre esta cuestión hay disparidad de pareceres entre los críticos, ello proviene de dos opuestas direcciones filosóficas: la filosofía del **cosmos** "abierto" que acepta como "posibles" las narraciones bíblicas, y la filosofía del **cosmos "cerrado"** que se ve obligada a interpretar aquéllas como recamos de mitología astral, simbolismos y designaciones

totémicas de héroes epónimos. Por lo demás, la investigación a fondo que se ha iniciado sobre la literatura asiro-caldea está esclareciendo muchos puntos obscuros de la Biblia.

CICLOS HISTORICOS.—La historia de Israel se puede fraccionar, con vistas a una perspectiva de conjunto, en cinco períodos.

1º **Período de formación.**—Abraham es el tronco ancestral de Israel. Pastor nómada, y semita, de la familia de los **terahitas** vegetaba en Urú, ciudad babilónica. Hacia el año 1,955 a.d.C. emigra Abraham al país de Canaán y fija su tienda en Mambré. Contemporáneo de Hammurabi, conoce las tradiciones y costumbres de Babilonia. Pero, sobre todo, Abraham posee el misterio de una nueva nación. El y su progenie inmediata, Isaac y Jacob (fué a éste a quien se le apodó "Israel"), viven con la certeza iluminada de que son la raíz de una gran futura nación.

2º **Período de consolidación.**—Este abarca desde la instalación de los hijos de Jacob en Egipto hasta la repartición de las tierras de Canaán después de la conquista de Josué y los Jueces. Las tribus se desarrollan en nación, y se establece una organización que va de lo religioso a lo social. El sentido de unidad y la fe en un destino histórico se afianzan. Moisés ocupa en esta fase el primer plano. "Lento de boca y lento de lengua", nómada civilizado, conocedor de la vida en la corte de Egipto, pastor en Madián, Moisés acaudilla y dirige a su pueblo en el éxodo, hecho acaecido entre las dinastías de Ramsés II y Menerptah, redacta y promulga un código minucioso de prescripciones culturales y sociales, fijando así la estructura interna de Israel, que no será modificada en lo substancial. Muere Moisés en las faldas del monte Nebo a los ciento veinte años. "No se habían debilitado sus ojos, ni se había perdido su frescor".

3º **Período de plenitud.**—Lentamente se adueña Israel a espada limpia de la tierra prometida; las trece tribus toman posesión de las tierras; la organización política se realiza a base del régimen patriarcal, mas en circunstancias difíciles el poder se transfiere a los Jueces. Hacia el año 1,040 se instaura la monarquía y se vigoriza la unidad político-religiosa. Es la "edad de

oro" de Israel, y su mejor artífice David, rubio y bello, fuerte de miembros, valiente y hábil tañedor de arpa. Se organiza el ejército y se reforma la administración civil; se establece la corte en Sión-Jerusalén, que se erige en centro político y religioso de todo Israel. Salomón levanta el templo de Yahvé con magnificencia oriental. Israel es fuerte y temido por los vecinos.

4º **Período de decadencia.**—Se inicia ésta con luchas intestinas que culminan en la división de Israel en dos reinos: el de Israel y el de Judá; el pueblo de "dura nuca" cede en vastas zonas a la tentación idolátrica, y amenaza el peligro del sincretismo religioso. Surgen los profetas con sus voces broncas, admonitorias, que reavivan en el pueblo la fe en sus destinos. Salmanasar V se apodera el año 722 de Samaría, y el 586 los caldeos de Nabucodonosor devastan el templo salomónico, y lo más granado de Israel es conducido en cautiverio a Babilonia. La repatriación aconteció en el reinado de Ciro el año 537.

5º **Período de la "diáspora" total.**—Al regreso de la cautividad, hay una fuerte reacción nacional-yahveísta; el año 515 se finiquita la reconstrucción del templo; en lo religioso Israel se recobra, pero en lo político su situación es precaria; los persas mantienen allí un gobernador civil. Sobreviene más tarde la dominación griega en el Asia, y hay un intento de helenización en Israel, con sus gimnasios y altares paganos; el templo es de nuevo profanado por Antíoco. La violenta reacción de los Macabeos lleva la guerra santa al país. Pero Israel sigue siendo un avispero de rencillas, intrigas, rebeliones, y no logra instaurar una fuerte cohesión política. Roma está ya a la vista, pendiente de cualquier pretexto para apoderarse de Palestina. Así, el año 63, Pompeyo, hostigando a Aristóbulo I, entra victorioso en Jerusalén. A partir de aquí, los destinos políticos de Israel serán servidos por los romanos, y las desventuras se irán encrespando en torno a la nación de Jehová. La esperanza en el Mesías aflora en enfebrecidos clamores. El sentimiento nacional se yergue de vez en vez con furia leonina. Roma aplasta aún más la cerviz hebrea. La guerra del 70 d.C., la más horrorosa de cuantas conoció Israel, estrangula a la nación de Yahvé, destruye el templo herodiano, arrasa la ciudad santa y lanza a la "diáspora" plena a los sobrevivientes. La

postrera insurrección, la de Bar-Kôzebhâ, fué reprimida por los ejércitos de Elio Adriano el año 135 d.C., quien hace de Jerusalén una ciudad pagana, la nueva Elia Capitolina, y prohibe a los judíos bajo pena de muerte poner sus pies en ella.

CARACTERES HISTORICOS.—Dos mil años de historia indican a las claras que no se trata de una historia conducida por el azar. Un pueblo numéricamente exiguo que elude toda absorción, que sobrevive a los grandes imperios de Oriente, que permanece entrañablemente fiel a su destino, reclama la presencia de factores dinámicos, de "vigencias colectivas", en sus estratos más profundos. Los hallamos, en efecto. Es la idea de **"pueblo elegido"**, reforzada por la **esperanza mesiánica** y servida por la **organización teocrática.**

A) En su arranque mismo el núcleo primigenio de Isael se sabe un clan destinado a adquirir altura histórica, tiene **clara conciencia de una "elección"**, de una "vocación". Israel asimilará este sentimiento tan exhaustivamente que se hará consubstancial a su existencia como pueblo. Sin esta "elección', Israel es un enigma insoluble. En la génesis de Israel hay, pues, una vocación, un elemento esencialmente místico, una teofanía. Abraham, creyente monoteísta en Babilonia, recibe de Jehová la orden de marcharse y de fundar un pueblo al que se le promete el liderazgo sobre las naciones. Abraham vive en tensión de hombre que ha escuchado un reiterado mensaje divino. Israel será de Jehová, Israel servirá a Jehová, y Jehová celará a su pueblo.

La nación hebrea no es una **"raza" en sentido estricto; pero sí** lo es en un **sentido étnico-histórico,** en cuanto es una colectividad que ha elaborado sus propias estructuras mentales y morales, su caudal de experiencia ancestral, conjugados con la herencia, la calidad de la sangre y el tipo somático. Por la conciencia de su quehacer histórico, por la cohesión espiritual que caracteriza su vivir, es **un pueblo,** un pueblo que se ha liberado del nomadismo y de la general modorra oriental.

B) A la "elección" se empareja **la promesa del gran Elegido** (Mashîah). En Israel rumorea sin cesar la esperanza en el Mesías, potenciando al máximum todo su psiquismo. Sobre todo en

los días de infortunio, la idea mesiánica impide el colapso de la fe nacional. Su advenimiento fijará la culminación de la grandeza judáica. El Mesías será Juez, Rey libertador y Profeta. Al correr de los años el sentido espiritual, que le habían asignado al Mesías los Profetas, se trasmudó en una visión de temporal realeza. Quimeras y apetencias materiales habían llegado a enturbiar la figura espiritual. Era universal la fe en el Mesías, pero cada grupo lo abocetaba a su manera. Para el judaísmo moderno el Mesías se ha volatizado en un mero símbolo, que esconde bellas abstracciones: la Justicia, la Libertad, la Fraternidad.

C) A la "elección" correspondía un régimen: **la teocracia.** Yahvé es el pedagogo de Israel, Yahvé lo dirige, lo instruye, lo castiga. Los que gobiernan no son más que órganos de Yahvé, los "hombres de su diestra". El suscita a los Profetas. El traza los grandes lineamientos de Israel, El prescribe el código religioso y ritual, El sanciona a los gobernantes. No se entenderá bien a Israel si se olvida que éste es un pueblo esencialmente religioso. Lo nacional y lo religioso se habían desprendido de una misma matriz. Toda la organización político-religiosa de Israel embocaba a la glorificación de Yahvé y a la realización de sus promesas. El pacto, o la "Alianza", le ligaba radicalmente a aquel que le había sacado de la opresión de los egipcios. La distinción entre el orden temporal y el orden espiritual que implica un imponderable valor cultural, no conocieron ni Grecia, ni Roma, ni Israel. Fué Jesús de Nazareth quien la estableció. La organización teocrática de Israel requería la unidad de ambos poderes al servicio de un programa religioso. En la cúspide del régimen se hallaba el Sumo Sacerdote, quien muchas veces asumía el mando de la administración civil.

CARACTERES CULTURALES.—Por cultura entiendo aquí el desarrollo de la nación en su doble dimensión espiritual y temporal. Israel posee una cultura que se señala, ante todo, por su profundidad y sobriedad, por la armonía en el dinamismo, por el sentido general de la vida, anclada en una instancia superior. Como Grecia es **la razón,** y Roma es **el orden,** así Israel es **la fe, la trascendencia.**

1º **Creencias y ritos.**—Los hebreos carecen de filosofía. La sabiduría hebrea es de otra textura. El israelita es buen observador del hombre y de su circunstancia, y esta experiencia, acumulada durante siglos, está ahí, a la mano, en axiomas de vigencia universal. Israel tiene creencias. En su monoteísmo fué intransigente, a pesar de breves y esporádicas desviaciones. El nombre genérico de la divinidad, **Elohim**, fué substituído por el de Yahvé (el que **es**, del verbo hawah=ser) definición profundamente filosófica que fué revelada a Moisés. Desdeñan a los dioses de la mitología, por lo que Tácito los epitetizará de "raza impía", y Apolo Molón los calificará de "ateos". Yahvé es un Dios vivo, personal, que se abaja al fondo del alma y la llena de humildad, de alegría y de confianza. Israel temió a su Dios, porque conoció su majestad y su poder. La existencia de los ángeles es afirmada resueltamente, así como la inmortalidad de las almas que van al **Sheol** en los subterráneos del Cosmos, de donde no podrán salir. Se cree en la **resurrección** futura de los cuerpos, si bien negada por los saduceos del tiempo de Cristo. Hay una retribución colectiva para Israel y otra individual.

El bagaje ritual que enmarcaba toda la existencia del hombre israelita, ofrecía una untuosa proliferación oriental. Nada escapa al rigor de la ceremonia. El rito esencial era la **circuncisión,** por la que un israelita quedaba vinculado al pacto de Yahvé, a la "raza escogida". No ha sido privativo de los hebreos, pero sólo en ellos simbolizaba valores espirituales. El **descanso sabático** fué estrictamente observado. Durante el año tenían lugar cuatro grandes festividades religioso-nacionales, a las que afluían miles de hermanos de la "diáspora", de las colonias lejanas, durante las cuales Jerusalén hervía de forasteros y se apretaban los lazos nacionales: la **Pascua, Pentecostés, Tabernáculos** y la de la **Expiación** o del **Kippur,** donde entraba en escena el simbólico cabro.

2º **Moral israelítica.**—La moral hebrea, con todos sus rezagos de primitivismo babilónico, alcanza un grado de elevación y pureza que claramente se sobrepone a las civilizaciones asiáticas y aún mediterráneas. El sentido de la justicia, rígida y áspera, embebe toda la legislación. Yahvé y el prójimo son los dos pivotes de la moral hebráica. Es el primer gran esfuerzo histórico para la de-

fensa de la persona humana. Moisés elaboró un código muy detallado, en el que, además de los básicos preceptos del decálogo, es atendida la vida de relación. Ejemplos: "Si prestas dinero a uno de mi pueblo, no te portarás con él como acreedor y no le exigirás usura''; "Si uno seduce a una virgen no desposada, pagará su dote y la tomará por mujer''; No tuerzas el derecho del pobre en sus causas''; "El que robe un hombre, háyalo vendido o téngalo en su poder, será muerto"; "Cuando un hombre sea recién casado, no irá a la guerra ni se le ocupará en cosa alguna: quede libre en su casa durante un año, para contentar a la mujer que tomó".

3º **Arte y literatura.**—El pueblo hebreo estaba bien dotado para la creación artística. El nos dejó el libro que más han hojeado los hombres: la Biblia. En contraste, ninguna huella en las artes figurativas y plásticas. Y es que el código de Sinaí le prohibía representar la Divinidad en cualquier forma, y esta orientación anuló en el hebreo todo intento de expresión plástica. El culto yaveísta era un culto amórfico; en lugar de la representación fijó la localización: el **Arca de la Alianza,** que cobijaba las tablas de la Ley y los rollos de las Escrituras. En cambio, ya he dicho que en la creación literaria no tiene parigual. El Cànon de la Biblia hebrea se divide en tres partes: la **Torâh** (ley), los **Nêbhi' îm** (profetas) y los Kethubihîm (escritos hagiográficos). La literatura hebrea abarca los más diversos géneros literarios, y es cosa que maravilla el que con la simplicidad de formas y de giros de su lengua lograra cincelar los más antitéticos sentimientos y aquella profusión de imágenes poéticas. Cuando el hebreo canta, ora, bendice, maldice, llora, pide y describe, lo hace con aliento robusto, con imágenes y comparaciones que tienen la frescura de las cosas recién estrenadas, con realismo que subyuga, con ese acento primitivo que es imponente como la misma naturaleza.

4º **Economía.**—La economía de Israel fué pobre; el caso del Templo es un caso de excepción, que dejó deudas y sembró odios. Israel no pasó de ser un pueblo eminentemente rural, dedicado a la agricultura y al pastoreo. Salomón construye la primera flota e impulsa el comercio internacional. En los centros urbanos se montan casas de cambio y de préstamo. En las ruinas de Nippur en Babilonia se ha descubierto una casa comercial judía, "Muras-

hu e hijos", del tiempo de la cautividad. El régimen social se basaba en el patrimonio familiar inalienable. En el año jubilar (cada medio siglo) todas las propiedades enajenadas son reintegradas al primer dueño. En cuanto al espíritu de justicia social, escuchen lo que dice Amós: "Ay del que construye su casa con iniquidad y hace trabajar a su prójimo sin salario".

5º **La cultura hebrea en Occidente.**—Los elementos más puros de esta cultura fueron asimilados por Occidente a través del cristianismo. De modo que la cultura occidental, la nuestra, está impregnada del mejor espíritu hebráico. De manos de rabinos y de masoretas recibió la cristiandad las Escrituras. Nuestra hermandad espiritual con Israel es innegable. David es tan nuestro como del hogar sionista. El cántico de Israel en Sión se empalma con nuestra oración. El cristianismo, rompiendo con el nacionalismo exclusivo, reivindicaba la herencia de Israel. La Iglesia primitiva se consideraba como la segunda Israel, la heredera del reino prometido al pueblo de Jehová. Como escribía Pablo de Tarso a los romanos, los israelitas auténticos no son los descendientes de Abraham según la carne, sino los herederos de la promesa.

CARACTERES COMUNITARIOS.—Me aventuro a trazar aquí un diagrama psicológico de la gente israelita. Largos siglos de historia mellaron el alma de Israel y la moldearon con gálibos perennes. No hay pueblo en la tierra que haya recibido una educación tan persistente. De ahí que la presencia hebrea anuncie siempre alguna inquietud.

Se ha afirmado que el alma hebrea es ambivalente, acuciada por lo místico y lo positivo. De este dualismo interior, que no sabe de la serenidad clásica, porque es llevado a su ápice, se deriva su psicología. Más inteligente y vivaz que su aledaño el gentil, también lo supera en la **pasión por las formas absolutas** en el pensar y en el vivir. Donde hay hebreos, la vida no se estancará en torno. Sus rebeldías con Jehová fueron audacísimas; extremado su purismo legal; irritante su orgullo nacional; cuando se entrega a la órbita del negocio, el judío se hace temer; cuando abraza el materialismo dialéctico, empeña en la faena todo el fuego de su espíritu. Y será violento e implacable.

Junto a esto, la impronta mística: ardiente espiritualidad, piedad que despliega ternuras insospechadas, ejemplar rectitud de corazón, resplandor de las virtudes hogareñas, y una bondad tan ancha y amable que hará decir a Ch. Peguy: "Mis mejores amigos, los más fieles, son los judíos''. La justicia estremece al judío, ebrio de ella. "Ellos han dado a la justicia el carácter violentamente imperioso que aun conserva'' (Bergson). Isaías quiere una justicia universal y Amós gritará **"Que no oiga más el son de vuestros laúdes. Pero que el derecho brote como el agua y la justicia como un río inagotable''.** Sabe esperar con esperanza terca, y de ahí su pasión por las ideas, técnicas, escuelas filosóficas; de ahí su adaptabilidad a los ambientes más disímiles, en perpetua renovación de su existencia radicalmente inquieta, al tiempo que guarda fidelidad a la ley, a la tradición y se solidariza, como nadie, con su comunidad.

Israel llevó en su seno el porvenir religioso del mundo. **"La historia de los judíos** —ha escrito ese "mendigo ingrato" que fué León Bloy— **contiene la historia del género humano como un dique contiene a un río, para elevar su nivel''.**

Bibliografía:

"Historia de Israel", por Giuseppe Ricciotti (dos tomos), Barcelona, Luis Miracle, editor, 1947.
"Los Judíos", por P. Claudel, J. Maritain, R. Schwob, y otros, Buenos Aires, Hachete S. A., 1938.

DISCUSION

DR. DEBOUCHET: "¿No cree usted que los judíos y luego los cristianos sólo imitaron a los egipcios en eso que se llama religión, pues hasta concuerdan las fechas del natalicio de Amón con el de Jesucristo de la leyenda?". Voy a responder esta pregunta:

DR. MAÑACH: Yo creo que aquí entre los interrogantes hay muchos que son candidatos a disertantes. Vamos a ver, Dr. Debouchet.

DR. DEBOUCHET: Si estuviéramos enfocando el problema de los orígenes del judaismo y los del origen del crinistianismo, no encontraremos nunca elemento alguno del Egipto que pueda ser estimado como

que influyó primero en el judaismo y después en el cristianismo, en lo que se llama el nacimiento del judaismo y del crisitianismo. En esta cuestión, de hacer concordar la fecha del nacimiento, del natalicio de Amón con el Jesucristo de la leyenda, no tengo autoridad suficiente en qué basarme para poder admitir la identidad o la concordancia en esa fecha.

DR. MAÑACH: ¿Está satisfecho el interrogador? Parece que sí. El que calla otorga, doctor.

DR. DEBOUCHET: La dinastía XII, escuetamente. La importancia de la Dinastía XII estriba en lo siguiente: Acababa de inaugurarse hacía pocos años ese período que se conoce en la historia de Egipto con el nombre del Imperio Medio. El Imperio Antiguo se había arruinado en los últimos tiempos que gobernaron las dinastías IX y X, conocida con el nombre de la heracleopolita, por tener su centro político en la ciudad de Heracleópolis, a causa principalmente de las agitaciones y disturbios que se producían cuando ocurría la muerte de un soberano, y entonces los grandes señores de Egipto, los príncipes y gobernadores de los nomos, muchas veces se levantaban en armas, exactamente igual que ocurrió más tarde en la Europa feudal cuando sucedía la muerte de un rey para tratar unos de hacerse independientes y otros incluso de apoderarse del trono. La dinastía XII, conocedora de todos los males que se producían en Egipto a consecuencia de los disturbios y revoluciones que estallaban al ocurrir la muerte de los soberanos, establece el principio de la co-regencia. Amenemhet I, en vida, asocia a su hijo al trono, lo mismo hace Usertsen I con el futuro Amenemhet II, lo mismo hace Amenemhet II con Usertsen II, y así sucesivamente. Dió tan buenos resultados este sistema que aún en épocas del Imperio Nuevo muchas veces encontramos a los Faraones asociando al presunto heredero de la corona al trono para evitar disturbios y guerras civiles.

DR. MAÑACH: Bien. ¿Alguno de ustedes tiene ya listas las preguntas para el Padre Biaín?

DR. LLITERAS: Quería preguntarle al Padre, ¿si puede afirmarse que Yahvé, el Dios de Israel, sea el Dios de Cristo, que el Dios de la venganza sea el mismo que el Dios de la misericordia?

PADRE BIAIN: Exactamente, es el mismo. No hay contradicción entre el de la venganza y el de la misericordia. Luego la venganza es un concepto nuestro, son maneras de expresar que tienen los escritores para calificar ciertos gestos o virtudes, consecuencias de las actitudes de la Divinidad. Claro que el Antiguo Testamento, por el tiempo de Israel, Yahvé se presentaba en ciertos aspectos un poco rigurosos, porque así lo

exigían las circunstancias históricas, y el pueblo de Israel era pueblo de dura nuca, se desviaba a la idolatría y de ahí que la ley imperaba también allí. Jesucristo prediccionó, de modo que en el fondo viene a resultar lo mismo.

SR. RICARDO BLANCO: ¿Por qué reconociéndoles tanta virtud a los hebreos y su religión, son tan despiadadamente discriminados por los católicos?

PADRE BIAIN: Yo soy católico y yo no los discrimino. Este es un problema de largos alcances, desde luego. ¿Por qué los judíos son perseguidos& Problema económico, sociológico. Desde luego, los judíos han tenido vicisitudes varias a lo largo de su historia en la diáspora. Casi siempre fueron bien recibidos y bien admitidos. En España, en Alemania, en Francia. Tratados incluso con un régimen de favoritismo al principio. Luego el judío se desarrolla, es inteligente, gana en actividades comerciales, y por último viene a la etapa de la persecución, pero son los motivos casi siempre meramente históricos, pocas veces religiosos, la competencia económica, etc., etc. Si los católicos los persiguen, pues yo no he de aprobar la persecución.

Manuel Bisbé

Los orígenes del milagro griego. Homero

FUE Renan, sorprendido ante el prodigio creador de la Hélade, quien lanzó la frase afortunada del milagro griego. La frase revela antes que nada la admiración que despierta la obra extraordinaria de un pueblo que puso en todas las creaciones del espíritu una nota genial. Pero en los tiempos en que Renan lanzó su frase no se tenía un conocimiento tan completo de los orígenes de la cultura griega como el que hoy tenemos después de medio siglo de triunfales jornadas arqueológicas. Con los conocimientos que tenemos en la actualidad no podemos negar el milagro, pero podemos explicarlo.

Claro que no debemos entender el milagro griego en el sentido que los teólogos confieren al milagro religioso ni mucho menos en el sentido de aquella definición de Hume según la cual un milagro es una violación de las leyes de la naturaleza. Si aceptáramos la frase en esta acepción de la mística cristiana estaríamos desechando toda causa de orden natural, y eso equivaldría, fuera de todo criterio científico, a considerar la cultura griega como la manifestación irracional de un fenómeno histórico, No, no es así como debemos entender el milagro griego.

Pero el milagro, la admiración (**miraculum**, de **miror**, admirar) ante la obra prodigiosa de un pueblo, es otra, y está en la propia etimología del vocablo, sin cerrar los caminos de la explicación histórica. No debe sorprendernos que Renan hablara en su tiempo de milagro griego, cuando todavía se desconocía toda la civilización egea y su influencia en la griega, y se desconocían todas las influencias orientales, cuando hoy todavía, después de conocerse esa civilización y esas influencias, podemos hablar con

entusiasmo del milagro griego. Tenía que parecer para Renan un hecho milagroso la súbita aparición de los poemas homéricos por los siglos IX o X a. de C. y la extraordinaria fuerza creadora de Atenas en los siglos V y IV a. de C., sin conocer, como hoy conocemos, todos los antecedentes egeos, y el largo aqueismo precursor del helenismo de esos siglos. Hoy todavía —repito— nos parece milagroso todo eso.

¿Qué nos parecería —pongamos por caso— el renacimiento italiano si desconociéramos toda la producción artística de Grecia y de Roma? Estoy seguro que también hablaríamos —y con razón— del milagro italiano de los siglos XV y XVI. Pero todo eso tiene una explicación suficiente en los gérmenes e influencias de la cultura grecorromana que pervivieron durante el medioevo. Así también se completa la imagen histórica griega. Hay que remontarse al segundo milenio y revisar la maravillosa civilización cretense o minoica, estudiar su influencia en los aqueos o primeros indoeuropeos que penetraron en el territorio de Grecia, la cretización del mundo aqueo, la formación de un nuevo foco cultural en Micenas, el desarrollo de una civilización mixta (la cretomicénica), y la conquista de Cnosos, la capital de Creta, por Micenas, con lo cual pasa la hegemonía de la isla mediterránea al continente. Hay que pensar, en fin, en el cataclismo histórico que supone la invasión de los dorios —la última invasión indoeuropea— hacia el año 1200 a. de C., y cómo en el medioevo griego, al igual que en el cristiano, pervivieron, sin que se rompiera la continuidad histórica, las semillas de la cultura egea o cretomicénica, que debía reflorecer en el helenismo posterior. Ahora tenemos el proceso completo. Así como Occidente recogió el legado grecorromano, Grecia recogió el legado cretomicénico. Con razón dice Adolfo Reinach que cuanto más progresa la investigación histórica, "más y mejor comprende que la Grecia jónica es a la Grecia minoica lo que el Renacimiento italiano es a la civilización grecorromana".



Esta claridad que hoy se vierte sobre los orígenes griegos hace que usemos la frase de Renan en un sentido distinto del que

la usara el humanista francés y nos permite explicar lo que en su tiempo todavía no se podía explicar.

Sobre todo a las excavaciones arqueológicas realizadas por Evans de 1900 a 1905 es que se debe este progreso. Ya con anterioridad, Schliemann, un comerciante alemán que vivió enamorado de Homero, a partir de 1875, había sorprendido al mundo con los descubrimientos de Troya, Micenas y Tirinto. Pero Schliemann no era un verdadero arqueólogo, y ponía más entusiasmo que correcta apreciación en la interpretación de sus hallazgos. Las excavaciones de Evans tuvieron resultados más notables. El descubrimiento de las ruinas de Cnosos, el Gran Palacio, el Pequeño Palacio, la Villa Real, la Necrópolis de Zafer-Papura y las tumbas de Isopata nos revelaban una civilización que se remontaba a varios milenios antes de nuestra era y que alcanzó su mayor esplendor por el año 2,000 a. de C. Esta sorprendente civilización cretense representó el primer foco de civilización cuya influencia se dejara sentir en lo que después llamaríamos el mundo griego. Antes de que hubiera un helenismo hubo una cretización del mundo aqueo, de la misma manera que el mundo antiguo se helenizó antes de romanizarse.

Claro que no podemos subestimar las influencias orientales y particularmente las egipcias. Pero es evidente —afirma Henri Berr— que desde que aparece claramente la acción de los egeos, disminuye la de los fenicios, que había tendencia a exagerar. Fué después de la destrucción de la civilización aquea por los dorios que se incrementó el poder fenicio y el período de la mayor influencia fenicia en el Mediterráneo se enmarca del 1100 al 800 a. de C. Pero los griegos no pudieron entenderse nunca con los fenicios y los poemas homéricos nos presentan al fenicio como un vulgar mercader y raptor de esclavos, aun cuando no puede negarse que a través de los fenicios llegaron influencias culturales hititas y de otras procedencias. Por otra parte, Víctor Berard se ha referido de manera especial a las influencias egipcias en la Odisea estableciendo una interesante identidad entre el Prouiti, Prouti de los egipcios, y el Proteo de la rapsodia IV de la Odisea, y llegando a la conclusión que los relatos en la corte de Alcinoo —la parte más interesante del nostos de Odiseo— aparecen como

la mezcla de la tradición aquea y de la influencia fenicia, definiéndolos como la integración en el epos de las obras egipcias o asiáticas que los fenicios introdujeron en las villas jónicas.



Estos datos nos permiten explicar mejor la aparición de los poemas homéricos hacia el siglo IX o cuando más hacia el siglo X a. de C. El examen de estos poemas —que ya han pasado de la categoría de simples monumentos literarios a la categoría de documentos indispensables para estudiar la edad prehistórica griega— la perfección de los mismos, la armonía del exámetro, los versos formularios, los epítetos tradicionales que acompañan a los personajes, las relaciones genealógicas entre los dioses y sus atributos, prueban la existencia de una literatura prehomérica y la existencia de un ciclo de mitos y de relatos heroicos elaborados gradualmente, la leyanda troyana, sin cuya tradición heroica y una fuerte personalidad poética no podríamos explicar los poemas homéricos. Como dice muy bien Michel Breal, en su libro Pour Mieux Connaitre Homere (1904), Homero representa la madurez y no la infancia de un arte poético. Es imposible, en efecto, admitir que una literatura nace con una obra perfecta. Eso sería sobrepasar la misma tesis del milagro.

De la fermentación de la leyenda o saga troyana, desarrollada alrededor de la toma de Troya, el último gran triunfo que alcanzaron los aqueos hacia el 1180 a. de C. salieron la Ilíada y la Odisea. Después de este acontecimiento sobrevino la invasión dórica, y del triunfo de los dorios invasores sobre los aqueos ya establecidos —las armas de hierro imponiéndose a las de bronce— se derivaron la destrucción de la civilización aquea y el establecimiento de los aqueos en el Aisa Menor. Un crepúsculo siniestro anuncia la Edad media griega. La cultura retroce y se transforma. La inmigración griega en Asia, ya comenzada en el período micénico, se activa. Es en Asia Menor donde los aqueos en contacto y conflicto con los pueblos vecinos, desarrollaron sus tradiciones y donde los aedos de la Eolida cultivan con entusiasmo la leyenda heroica surgida con motivo de la guerra de Troya. La toma de

Troya exalta la imaginación de estos griegos, y alrededor de este hecho histórico giran todas las relaciones de hechos análogos, como en la época de las migraciones marítimas, todas las leyendas de este tipo se relacionaron con las peripecias de los aqueos al retornar de Troya. Esa fué la importancia excepcional del Asia Menor convertida en refugio de los aqueos fugitivos. Sin la Grecia del Asia —dice Gustavo Glotz— tierra de experiencias fecundas, la Grecia de Europa no hubiera sido la Grecia. Ese aqueísmo es la primera manifestación del helenismo. Y si es cierto que los dorios de armas de hierro destruyen y paralizan la civilización egea, es cierto también que sus gérmenes pudieron sobrevivir, por un rejuvenecimiento posterior, en la civilización helénica.



El más antiguo monumento de la literatura griega es la Ilíada. Es —lo mismo que la Odisea—, una epopeya más corta que las grandes epopeyas de la India. Poema dotado de unidad fué concebido por Homero como un todo continuo, lo mismo que la Odiseo, y su división en cantos o rapsodias, los antiguos dirán letras, data de los alejandrinos, quienes por razones comerciales dividieron los dos poemas en 24 cantos que enumeraron con las 24 letras que el alfabeto griego tenía ya desde el siglo IV a. de C. la unidad del poema depende del héroe principal —Aquiles— y de su cólera o **menis.** El origen de la cólera de Aquiles es la afrenta que le infiere Agamenón al arrebatarle su cautiva Briseida, y la cólera va primero contra Agamenón y los griegos. Aquiles abandona la guerra, y Zeus, accediendo a las súplicas de Tetis, madre del héroe, concede la victoria a los troyanos hasta que Agamenón se vea obligado a reparar la ofensa de que hizo objeto a Aquiles. La intervención de Patroclo, el amigo entrañable de Aquiles, y su muerte a manos de Héctor es la solución del nudo y cambia la dirección de la cólera de Aquiles. Aquiles, dispuesto a vengar a Patroclo, dirige ahora su cólera contra los troyanos. El poema termina el renunciar Aquiles a la cólera ante los ruegos de Príamo, padre de Héctor, que va a las tiendas del impetuoso guerrero a implorar la devolución del cuerpo de su hijo. El patético discurso

de Príamo y la alusión a Peleo, padre de Aquiles, ponen fin a la cólera, entregando a Príamo el cuerpo de su hijo. Los funerales de Héctor cierran el poema.

Posterior a la Ilíada es la Odisea, sin que se pueda precisar la época en que se compuso, aun cuando si se desecha la tesis de los **corizontes** que atribuían la Ilíada a un poeta y la Odisea a otro, volviéndose hoy a la vieja creencia de que los dos poemas son obras de un mismo poeta. Esencialmente distinta a la Ilíada es la Odisea por el desarrollo de su acción, por el escenario de la misma, por el héroe principal, por la tónica de la narración y por el papel de la aristocracia. Su acción no es gradual como la de la Ilíada, sino más complicada, ya que el poeta interrumpe su narración para que Odiseo narre la parte principal del **nostos** en el palacio de Alcinoo, y hay una acción principal con dos motivos y otra secundaria. El escenario de la Ilíada es la Tróade, en el Asia Menor; el de la Odisea, el mar e Itaca. El héroe principal de la Ilíada —Aquiles— es todo vigor juvenil y fuerza; el de la Odisea —Odiseo o Ulises— todo prudencia y habilidad. En la Ilíada la narración está dominada por el **pathos** trágico de los destinos heroicos; en la Odisea, verdadera novela de aventuras, por consejas de navegantes, monstruos terribles y ninfas cautivadoras. La Ilíada, en fin, nos muestra una aristocracia dominante y la Odisea una aristocracia decadente, pintándose ya con amor los primeros personajes humildes, que en cambio eran ridiculizados en la Ilíada en la figura de Tersites, como el fiel porquerizo Eumeo y la buena nodriza Euriclea.

La Odisea deriva también su unidad del héroe principal y en este sentido es más estrecha que la de la Ilíada. En la acción principal hay dos motivos: el del **nostos** o retorno del héroe y el del esposo que impide el casamiento de su fiel esposa con un extraño. El **nostos** comprende primeramente lo que le ocurre a Odiseo desde que abandona la isla de Ogigia, donde Calipso, enamorado del héroe, le retiene siete años, hasta que llega a la isla de los feacios, donde reinan Alcinoo y Areté y donde conoce a esa maravilla de juventud y gracia que es Nausícaa; después, en la corte de Alcinoo, relatará lo que cronológicamente constituye la primera parte de sus aventuras, desde que sale de Troya hasta que llega a la isla

de Calipso, las aventuras con los cícones, con los lotófagos, con los cíclopes y tantas otras donde la habilidad del héroe le permite salir triunfante de difíciles pruebas.

El otro motivo de la acción principal es de importancia suma: la acción de la Odisea comienza diez años después de terminada la guerra de Troya y durante este tiempo los pretendientes, hijos de los nobles de Itaca, desean que Penélope, dando por muerto a Odiseo, elija nuevo esposo. Pero la fiel Penélope no pierde la fe en el retorno de su esposo y se vale de argucias para demorar la respuesta, como aquella de la famosa tela que tejía de día y destejía de noche. Odiseo regresará para dar muerte a los pretendientes y darse a conocer, tras ofrecerle pruebas concluyentes, a su esposa Penélope. La acción secundaria —la Telemaquia— es la expedición que emprende Telémaco —hijo de Odiseo y Penélope— para buscar noticias acerca de su padre, visitando al viejo Néstor en Pilos y al gallardo Menelao en Esparta, este último reconciliado con Helena, la esposa infiel que haba provocado la guerra de Troya.

Estos poemas homéricos, con su narración sencilla y clara, con sus diálogos que dan base a la teoría de un drama épico, con sus descripciones de combates, costumbres y paisajes, con sus comparaciones llenas de belleza, con sus epítetos tradicionales, con sus discursos que son modelos de lo que ha de ser después la elocuencia, con la brillantez y colorido de su lenguaje, con sus personajes llenos de sustancia humana universal, con la unidad esencial del texto, no pueden concebirse, a la luz de los conocimientos actuales y de los aportes de las literaturas comparadas, sin admitir la existencia de un gran poeta. Claro que la Ilíada y la Odisea no pueden haber llegado a nosotros como salieron de las manos de Homero. Pero hoy se rechaza el ateísmo homérico del siglo XIX, producto de la influencia de Wolf, y se abandona la tesis de una pluralidad de autores. Hoy se acepta que donde hay una gran obra poética tiene que haber un poeta. Se ha vuelto a la tradición grecorromana, a la vieja fe en Homero. Entre nosotros, José Martí, con su intuición estética, fué un partidario de la tesis de la unidad. Shewan, en Abril de 1912, revisando treinta o cuarenta obras de todas las lenguas, reafirmaba esta tesis funda-

da hoy en variados y sólidos argumentos. Frente al nego **Homerum fuisse** de G. Hermann, Víctor Berard ha lanzado el jubiloso **Homerus resurrexit.** En efecto, si el siglo XIX había eliminado a Homero, el siglo XX lo ha resucitado.

Pero no basta que contemplemos los poemas homéricos como los primeros monumentos literarios del pueblo griego. Hoy sabemos más: sabemos que constituyen una fuente histórica de valor inapreciable. No importa que ya no se identifiquen como las ruinas de Troya las encontradas por Schliemann en la colina de Hisarlick y estudiadas después con un criterio científico por Doerpfeld. Robert., en 1907, después de haber establecido Doerpfeld sus conclusiones, demostró que entre la tesis de este arqueólogo y la Ilíada existían diferencias fundamentales desde un punto de vista topográfico. No importa que hoy no se haya resuelto qué ruinas pueden ser esas que no son las de Troya y que se adaptan a la descripción homérica de las fortificaciones que los griegos levantaron por consejos de Nestor, ni que se haya resuelto el emplazamiento definitivo de Troya que M. Seyk sitúa en Kara Youra, a 7,500 mts. al E. de Hisarlick. No importa nada de eso para afirmar el fondo histórico de los poemas homéricos. Homero, que según Herodoto vivió hacia el 840 a. de C., no pintó su época, sino una época anterior. Fué un poeta arcaizante que describió una civilización post-micénica, una época anterior, aunque no pudo evitar que los datos de las dos épocas se mezclaran, por lo que resulta difícil, casi imposible, trazar una línea divisoria entre el Homero arcaizante y el que cae dentro de los límites de su época.

Hasta aquí podemos llegar sin acabar ninguna faceta del tema ni tocarlas todas. Debemos terminar refiriéndonos a la influencia homérica a través del tiempo. Entre los antiguos —decía Platón en La República— que Homero había hecho la educación de Grecia, y este juicio se completaría, repitiendo con Henri Weil que Homero es el padre de la lengua literaria de la Grcia. Livio Andrónico y Matius lo tradujeron al latín. Influyó en los épicos latinos y de manera especial en Ennio y en Virgilio. Sus huellas pueden hallarse también en todas las epopeyas medioevales y en las modernas. Pero este es sobre todo el influjo literario, y al mismo no se limita la influencia de Homero. Cuando se piensa en los

valores humanos de los poemas homéricos, y en la significación permanente de los mismos, se comprende que sigamos contemplando a Homero como el poeta por antonomasia y como el que ha ejercido un influjo más universal.

Bibliografía:

Laurand, **Literatura Griega.**
Finsler, **La Poesía Homérica** (Colección Labor).

PREGUNTAS

1.—Explique la relación entre la civilización egea (creto-micénica) y la griega y compare la misma con la relación que hay entre el Renacimiento y la civilización grecorromana.
2.—Explique por qué los poemas homéricos no pueden representar el comienzo de la literatura griega.
3.—Asunto de la Ilíada y de la Odisea.
4.—La cuestión homérica literaria: la tesis de la unidad y de la pluralidad de autores.
5.—La cuestión homérica histórica: el emplazamiento de Troya.

Jorge Mañach

Sócrates el humano y Platón el divino

HACE unos momentos, el Dr. Bisbé nos habló de los orígenes de aquel maravilloso esplendor humano que se ha llamado "el milagro griego". El proceso de cultura que así nació con el verso de Homero, ocho o nueve siglos antes del Cristianismo, llegó a su madurez en la Edad de Oro griega, que comienza en los albores del siglo V, el siglo de Pericles.

Es la época en que se afirman la personalidad, el poder y la cultura de Atenas sobre las demás ciudades-estados de Grecia. Aquella comunidad privilegiada le da entonces al mundo sus primeras nociones de ciencia política, en las que un ideal democrático trata de conciliarse con los prejuicios de una sociedad todavía esclavista. En un ambiente saturado de confianza en el poder humano, de amor a la naturaleza y a la vida, de fervor por todas las manifestaciones del espíritu, alcanzarán las artes plásticas, la poesía lírica o trágica, y hasta la investigación científica, realizaciones asombrosas, de que pronto nos hablarán la Dra. Nantilde León y los profesores Luis de Soto y Manuel Gran.

Pero acaso no sea excesivo decir que lo más espléndido y perdurable de aquel apogeo de cultura fué el pensamiento filosófico. Porque en él, en las actitudes mentales que lo propiciaron, en los problemas que se planteó, en los métodos a que ajustó su reflexión y las respuestas con que trató de explicarse racionalmente la Naturaleza, el Hombre y la Realidad toda, se dieron las normas y ejemplos en que primero se aleccionó la conciencia gene-

radora de la tradición occidental. Grecia fué la primera maestra de Europa.

Al alcanzar Atenas su madurez, ya su pensamiento filosófico tenía por lo menos un siglo de abolengo. Fueron los primitivos colonos de la Jonia en el Asia Menor los que por primera vez se plantearon las grandes preguntas metafísicas: ¿En qué consiste la Realidad esencialmente? ¿Cuál es el principio de la Naturaleza, y cómo explicar que esa sustancia primordial se manifieste en la múltiple diversidad de las cosas que vemos? Si existen en realidad los dioses, ¿qué son y qué tienen que ver con este mundo de nuestra experiencia?... Fué también en colonias griegas, pero de Itálica, donde no sólo se llevaron adelante esas reflexiones, sino que se planteó, por primera vez para el mundo occidental, el problema que ya había desvelado a los pensadores de Oriente, aunque con menos independencia y profundidad: fuera de las conveniencias puramente sociales, ¿hay alguna razón de naturaleza para normar la conducta del Hombre? ¿cómo opera esa razón? ¿qué cosa es el bien y qué el mal?

Estos afanes de la curiosidad filosófica no lograron respuestas satisfactorias. La mentalidad ambiciosa, pero al mismo tiempo implacablemente crítica, del griego no se contentaba con meras conjeturas, y la diversidad de doctrinas llegó a suscitar una desconfianza radical en la capacidad de la razón humana para alcanzar las verdades absolutas. Puesto que, al parecer, no era posible penetrar en los secretos últimos de toda Realidad, ¿no sería preferible limitar la investigación al orden puramente humano, a estudiar la naturaleza y los intereses inmediatos del Hombre?

Este desistimiento metafísico, esta concentración en el hombre mismo como tema del pensamiento, es lo que le da su nombre tradicional al período que llamamos **antropológico** de la filosofía griega. Quienes más radicalmente asumieron el nuevo punto de vista fueron los **sofistas.** Los más de ellos llevaron su escepticimo hasta el extremo de negar que, aun respecto del hombre mismo —"medida de todas las cosas", como había dicho Protágoras—, fuese posible establecer verdades incondicionadas y, por tanto, normas universales de conducta. Según los sofistas, sólo era válido para cada cual lo que resultaba de su propia experien-

cia, lo que servía a sus personales intereses. No había principios ideales de ningún género que obligasen el comportamiento humano en todo tiempo y en todo lugar. Reflexionar no era descubrir por medio de la Razón una verdad absoluta que de hecho se mostraba inaccesible, sino, sencillamente, argumentar con éxito en favor de la propia conveniencia. De ahí viene la palabra "sofisma" con que todavía hoy designamos los razonamientos especiosos.

No se les ocultará a ustedes lo peligrosa que era semejante actitud, muy favorecida entonces por el ambiente demagógico de las primeras formas de organización democrática en Atenas. El **relativismo** de los sofistas, que iban de ciudad en ciudad ofreciendo por dinero sus lecciones de mera argumentación, resultaba disolvente de todos los valores en que hasta entonces se había asentado la sociedad helénica. Si el Bien y el Mal no existían de un modo absoluto, o no eran discernibles, tampoco podía deslindarse lo justo de lo injusto, la verdad y la mentira, la virtud y el vicio: la sociedad quedaba a la merced de la improvisación regida por los instintos.

Contra semejante peligro, que en realidad era ya el gérmen de la disolución de la cultura griega, se alzó la gran figura de Sócrates, uno de los grandes maestros que ha dado la Humanidad. Era un hombrecillo calvo, chato y rechoncho, pero de extraordinario encanto personal, que dedicó su vida a pasear por las calles de Atenas, predicando amablemente y con deliciosa ironía sus propias convicciones. Malas lenguas dicen que no fué enteramente ajeno a ese hábito de docencia callejera un desapacible ambiente doméstico producido por el mal genio de su mujer, Xantippa.

Sócrates habló tanto que no tuvo tiempo de escribir nada. Lo que de él sabemos, nos ha llegado principalmente por una breve biografía del historiador Jenofonte y, sobre todo, por los diálogos en que recogió aquella enseñanza un discípulo genial: Platón. Pertenecía Sócrates a su momento antropológico: tampoco él creía que la reflexión debía emplearse en especulaciones metafísicas, es decir, en averiguar cómo se había originado y transformado la Realidad. Lo importante era esta partícula inmediata de ella que

llamamos Hombre. Pero el maestro ateniense distaba mucho de pensar, con los sofistas, que no era posible formarse nociones absolutas y de valor universal acerca de lo bueno y de lo malo, de lo justo y de lo injusto, de lo bello y lo feo. Estos eran intereses del alma, y la inteligencia podía ponerlos en claro si los buscaba adecuadamente, esto es, sin sofismas.

La lucha inicial de Sócrates fué, pues, una lucha contra los modos falsos de razonar de los sofistas. El procedimiento de que se valió es famoso en la historia del pensamiento, y lleva su nombre: el "método socrático". Consistía en trabar conversación con un interlocutor cualquiera (si era un sofista o un joven, tanto mejor) y, después de fingir que él, Sócrates, sólo sabía que no sabía nada, llevar al otro a la conclusión, por medio de preguntas muy hábiles, de que todo lo que él pensaba era falso y lo que Sócrates sugería era cierto. Pero esto que él sugería era, según Sócrates, lo mismo que yacía en el fondo del espíritu de su interlocutor, bajo la capa superficial de ideas adquiridas. El maestro no hacía más que desentrañar, sacar a luz esa verdad oculta. Su oficio en esto, decía Sócrtes, era análogo al de su madre, que había sido partera. A esa extracción de las ideas lo llamó, por consiguiente, mayéutica, parteamiento intelectual.

De esta manera, el maestro incomparable fué sembrando en los atenienses de su tiempo, particularmente en los jóvenes, la convicción de que el espíritu humano está en posesión, aunque a veces no lo sepa, de nociones comunes, y por tanto universales, en todo lo que concierne al mundo de la experiencia, y que son esos conceptos los que, aplicados a la conducta, nos permiten vivir una vida moral noble, responsable y feliz. Porque para Sócrates, poner a la luz de la conciencia esos conceptos, es decir, conocer, equivale a ser virtuoso, pues una vez conocido el bien, nadie quiere realmente el mal; y por otra parte, ser virtuoso es el único modo de estar íntimamente sosegado, de no querer lo que no vale la pena, de ser feliz.

Sócrates llegó a tener un éxito enorme. Aquel hombrecillo humilde, que recorría las calles y pórticos descalzo bajo su túnica raída, pero sonriente y locuaz siempre, conquistando discípulos e invitaciones a comer, fué uno de los hombres más amados de su

tiempo, como lo es de la posteridad. Y sin embargo, hizo enemigos. Le odiaron todos aquellos a quienes él había privado de ascendiente sobre la juventud. Algunos de esos enemigos ocupaban posiciones políticas importantes y no le perdonaban a Sócrates que los hubiera puesto en ridículo con sus ironías. Fueron ellos los que levantaron contra él la acusación calumniosa de que había estado pervirtiendo a los jóvenes, y al cabo de un proceso memorable en que Sócrates se negó a desdecirse y traicionar su propio pensamiento, la asamblea popular lo condenó a tomar la cicuta. Con una serenidad magnífica, sin perder su sonrisa ni su ironía, murió Sócrates el humano. La posteridad le venera como a uno de sus más nobles y fecundos maestros.

Entre los discípulos de Sócrates estaba el joven y bello Aristocles, a quien, por la anchura atlética de las espaldas, llamaban Platón. Haba nacido el día de Apolo, y la leyenda llegaría a contar que, habiéndole una vez dejado sus padres solo en la cuna, las abejas doradas de Himeto vinieron a hacer un panal entre sus labios. Aspiró Platón de joven a ser un gran poeta trágico, pero Sócrates lo atrajo a la filosofía. La muerte aleve de su maestro le llenó de indignación, alejándolo por algún tiempo de Atenas. Para redimir la memoria de Sócrates, recogió su pensamiento en una serie de diálogos inmortales, que poco a poco fueron avanzando hasta elaborar una doctrina propia.

El gran programa filosófico de Platón fué mostrar que el método ideado por su maestro servía, no sólo para cimentar la vida moral, sino también para fundamentar convicciones metafísicas. Pensaba él que mientras eso no se hiciera, la ética misma, la ciencia de la moral, estaría en precario. Había que demostrar que la idea del Bien no era algo derivado de la mera experiencia, de cierto instinto humano de lo perfecto, como había pensado Sócrates, sino que constituía la clave misma de la Realidad. Para lograr eso, Platón ensanchó el método socrático, convirtiéndolo en una amplia disciplina de investigación conceptual, que llamó **dialéctica** y que aplicó a todas las zonas de la Realidad.

Platón se eleva así por encima del nivel puramente humano: aspira a la plenitud del conocimiento, patrimonio de los dioses. Aunque mucha de su especulación filosófica, acaso lo más pro-

fundo de ella, se redujo a la enseñanza oral en la famosa Academia que en Atenas fundó, nos han quedado copiosos escritos platónicos, casi todos en la forma dialogal que aprendió de su maestro. El más completo de todos es el diálogo titulado **La República**, que es a la vez un tratado de metafísica, de moral y de doctrina política. En esos escritos se despliega el vuelo de una de las mentes más poderosas y uno de los más grandes escritores que ha conocido la Humanidad. Con una mezcla de rigor lógico y de imaginación poética en que no se sabe qué admirar más, si la finura de los análisis, la riqueza de la fantasía o la belleza seductora de la forma, Platón elaboró una concepción tan profunda de la Realidad, que apenas es posible dar de ella, en un trabajo tan breve como éste, una levísima caracterización.

Para Platón la Realidad estaba constituída por tres grandes zonas o mundos: abajo, el caos oscuro de la materia primordial e informe; arriba, el mundo supremo de ciertas entidades eternas que Platón llamó "Ideas"; en el medio, el mundo de la Naturaleza, de nuestra experiencia, donde todas las cosas están hechas de la sórdida materia, pero formadas ya en el molde de aquellas "Ideas" o arquetipos eternos. Nuestro mundo participa, pues, de lo ínfimo y lo excelso, de lo sórdido y lo luminoso, de lo efímero y lo eterno. Es un mundo de reflejos y de sombras. El Hombre, que por su cuerpo pertenece al orden de la Naturaleza, por su alma se aproxima a la esfera suprema del ser. De ahí que le sea posible rebasar el testimonio de los sentidos para alcanzar, por medio del pensamiento, las verdades eternas. Platón es el padre de este "idealismo", de esta doctrina según la cual el pensamiento, por sus solas fuerzas, construye la imagen de todo lo que es.

Pues bien: en lo más alto de aquel mundo de modelos eternos, presidiéndolo por encima del Espacio y del Tiempo, se halla, según Platón, la Idea del Bien. Nótese que no se trata ya de una idea humana, sino de un supremo Ser. Esa Idea del Bien es el polo de perfección a que toda la Realidad aspira —incluso la Naturaleza, incluso la ínfima y oscura materia primordial que Platón llama el mundo del No-Ser. Toda la Realidad está animada por ese **Eros**, por ese amor al Bien. En el hombre, por ejemplo, es esa atracción cósmica la que lo lleva por encima de los

apetitos sensibles cuando se dedica a la vida contemplativa, refinando incluso sus pasiones y produciendo la austeridad del amor puramente espiritual, de lo que llamamos el "amor platónico". Así se explica también los demás refinamientos de la conducta; la intuición que el hombre tiene de las verdades morales absolutas le permite sobreponerse al lastre de los sentidos, próximos aún a la materia informe. He ahí como Platón dejó asegurada la ética de Sócrates insertándola en una vasta armazón metafísica.

La Idea del Bien que preside la Realidad es el modo que Platón tiene de concebir ya a Dios como ente singular y abstracto, en el momento en que el pensamiento griego comienza a desasirse de la mitología olímpica de los dioses en forma de hombres. El mundo está hecho por un Demiurgo, una especie de instrumento creador de que se vale la Idea del Bien. Propiamente, esta Idea, este Ser supremo y Perfecto es la Divinidad. Platón es así el primer pensador que se eleva francamente a la concepción del mun- como una pugna de la Divinidad Creadora contra el oscuro imperio del mal, que en cierto modo la limita pero que a duras penas se le resiste. El viejo dualismo oriental gravita misteriosamente todavía sobre aquel pensamiento de fuerte vocación unitaria. Pero ya sobre la huella de Sócrates el humano, se alza el vuelo celeste de aquel hijo de Apolo en cuyos labios hicieron panal las abejas —de Platón el divino.

LECTURA COMPLEMENTARIA

Jenofonte: **Vida y doctrina de Sócrates.**
Augusto Dies: **Platón: su vida, su pensamiento, sus doctrinas.**

DISCUSION

DR. MAÑACH: Veamos ahora qué preguntas se desean hacer desde el público. La primera es para Ud., Dr. Bisbé. Dice así: "¿Qué arte considera Ud. más representativo del pueblo griego?"

DR. BISBE: La formula la Dra. Anita Arroyo... Yo creo que, sin duda alguna, la escultura. Podemos considerarla como lo más representativo del pueblo griego. Entre las artes plásticas, creo que es lo más característico, lo más expresivo de los valores propios de aquel gran pueblo. Peso esto, desde luego, es susceptible de distintas opiniones.

DR. MAÑACH: Sobre eso tendremos ocasión de hablar de nuevo el domingo que viene, y más ampliamente, con motivo de la conferencia del Dr. Luiso de Soto... Y ahora, veamos qué preguntas hay para mí. He aquí una: "¿Qué influencia atribuye Ud. al pensamiento socrático en el mundo filosófico de nuestros días?"...

Bueno, una de las cosas que tiene la filosofía es que no se agota nunca. Las doctrinas filosóficas, a diferencia de los demás hechos históricos, nunca se amortizan, por así decir, no se extinguen en el pasado: siempre quedan gravitando sobre el proceso del pensamiento, fecundándolo. Hay todavía filósofos que comparten ideas fundamentales de Sócrates, por ejemplo, esa idea, tan característicamente suya, de que la virtud es esencialmente conocimiento. Hay una posición ética "intelectualista", como la llamamos, que consiste en pensar que la calidad moral se refina por medio del pensamiento, por la clarificación de las ideas. Esa es una influencia del pensamiento socrático. Desde luego, una influencia muy tenue, muy cernida a través de los siglos, en que se han ido superponiendo otras doctrinas que han enriquecido ese mismo pensamiento...

Veamos otra pregunta. Dice así: "Creo haber leído en la obra de Platón, **Juicio y muerte de Sócrates**, que no identificaba al Sócrates descrito por Jenofonte. Me extraña esa disparidad de criterio... ¿Quisiera Ud. explicarla?" Firma: Cepero Brito... ¿Qué quiere decir, Cepero Brito, eso de que no identificaba a Sócrates?

SR. CEPERO BRITO: Bueno, en "Juicio y Muerte de Sócrates", se dice que Melitos acusaba a Sócrates de que pervertía a la juventud, porque inventaba nuevos dioses y demás, y entonces, en un aparte de la obra, que es un diálogo, Platón dice que él no concibe al Sócrates que describe Jenofonte. Por eso yo quiero que Ud. me aclare si Ud. cree que hay disparidad de criterio entre ellos.

DR. MAÑACH: Bueno, lo que hay es sencillamente que Jenofonte no era un filósofo, era un historiador, y por consiguiente el Sócrates de Jenofonte está visto más en su aspecto humano inmediato, en su aspecto social y político. No como Platón. Platón lo ve ya en su aspecto filosófico. Ahora, hasta qué punto, en la versión que Platón da de Sócrates, no haya muchas ideas del propio Platón, ése es un problema, todo un gran problema de interpretación filosófica que se denomina precisamente el "problema socrático", el problema de determinar hasta qué punto Platón no le fué prestando más o menos inconscientemente, sus propias ideas a Sócrates. Y ya con ésto se nos agota el tiempo. Lo siento mucho porque había otras preguntas aquí muy interesantes.

UNIVERSIDAD DEL AIRE

QUINTO CURSO:

OCTUBRE 1950 A NOVIEMBRE 1951
"LA HUELLA DE LOS SIGLOS"

PROGRAMA DE LAS PROXIMAS CONFERENCIAS

I **Octubre 1**	a) El escenario prehistórico. b) ¿Cómo surgió el Hombre?
II **Octubre 8**	a) Ultimas noticias del hombre primitivo. b) Los troncos étnicos y sus ramas.
III **Octubre 15**	a) Mito y pensamiento en la India. b) La cultura de la China antigua.
IV **Octubre 22**	a) El mundo de los faraones. b) El pueblo de Jehová.
V **Octubre 29**	a) Orígenes del milagro griego. Homero. b) Platón el Divino y Sócrates el Humano.
VI **Nov. 5**	a) La tragedia y el canto griegos. b) Los adoradores de la forma.
VII **Nov. 12**	a) La ciencia de Grecia. b) Aristóteles, legislador del saber.
VIII **Nov. 19**	a) Alejandro y sus conquistas. b) El canto del cisne helénico.
IX **Nov. 26**	a) El poder de Roma. b) El legado romano a la civilización.
X **Dic. 3**	a) Pensamiento y derecho en Roma. b) Roma constructora.
XI **Dic. 10**	a) La llama de Nazaret. b) El ocaso del mundo antiguo.
XII **Dic. 17**	a) Los Padres de la Iglesia. b) Agustín el Converso.
XIII **Dic. 24**	a) Las grandes invasiones bárbaras. b) Noche sobre el mundo.
XIV **Dic. 31**	a) La luz de la Iglesia. b) Carlomagno y el mundo feudal.
XV **Enero 7**	a) Mahoma, voz del desierto. b) El puente árabe y Córdoba.
XVI **Enero 14**	a) Las Cruzadas y el orden caballeresco. b) El Gótico y la cultura medieval.
XVII **Enero 21**	a) Tomás el Aquinate. b) Dante Alighieri.

XVIII **Enero 28**	a) El Imperio de Gengis Kan. b) Turcos y Mongoles.
XIX **Febrero 4**	a) El Renacimiento y las ciudades italianas. b) El molde de Leonardo.
XX **Febrero 11**	a) Humanistas y Arqueólogos. b) Los tamaños heróicos en el arte.
XXI **Febrero 18**	a) Exploradores y aventureros. b) Los grandes inventos. La imprenta.
XXII **Febrero 25**	a) España y la Reconquista. b) Colón y el Mundo Nuevo.
XXIII **Marzo 4**	a) La historia de Giordano Bruno. b) De Copérnico a Galileo.
XXIV **Marzo 11**	a) Maquiavelo y los Utopistas. b) El amanecer de la Ciencia física.
XXV **Marzo 18**	a) La formación de los Estados modernos. b) La burguesía y los banqueros.
XXVI **Marzo 25**	a) Lutero y la lucha de la Reforma. b) Carlos V y la Contra-Reforma. Loyola.
XXVII **Abril 1**	a) La España del Siglo de Oro. b) La Conquista de América.
XXVIII **Abril 8**	a) Cervantes y su España. b) Shakespeare y la época isabelina.
XXIX **Abril 15**	a) Francisco Bacon y la experiencia. b) Descartes: el descubrimiento de la mente moderna.
XXX **Abril 22**	a) Las rivalidades imperiales. b) El Derecho de Gentes.
XXXI **Abril 29**	a) Los clásicos de la literatura francesa. b) El Barroco.
XXXII **Mayo 6**	a) El Siglo del Rey Sol. b) Hapsburgos y Borbones en España.
XXXIII **Mayo 13**	a) Isaac Newton y la ciencia nueva. b) El imperio de la Razón.
XXXIV **Mayo 20**	a) Aurora del liberalismo en Inglaterra. b) La Revolución de las colonias inglesas.
XXXV **Mayo 27**	a) Voltaire y Montesquieu. b) El sembrador Rousseau.
XXXVI **Junio 3**	a) La Revolución Francesa. b) Napoleón, el corso genial.
XXXVII **Junio 10**	a) España decapitada. b) Bolívar y la independencia iberoamericana.
XXXVIII **Junio 17**	a) La Revolución industrial. b) El romanticismo.
XXXIX **Junio 24**	a) La gran música prerromántica. b) Kant: el viejito de Koenigsberg.
XL **Julio 1**	a) Dos grandes sordos: Beethoven y Goya. b) El imperio de Goethe.
XLI **Julio 8**	a) Bryon y Walter Scott. b) Balzac y Víctor Hugo.

XLII **Julio 15**	a) Waterloo y la Santa Alianza. b) Doctrina de Monroe y el "Destino Manifiesto".
XLIII **Julio 22**	a) La prosperidad de las ciencias. b) El Positivismo.
XLIV **Julio 29**	a) Los movimientos del 48. b) El Manifiesto Comunista.
XLV **Agosto 5**	a) Darwin y los rumbos del pensamiento. b) El evolucionismo y Spencer.
XLVI **Agosto 12**	a) El genio de Wagner. b) Nietzsche y el vitalismo.
XLVII **Agosto 19**	a) La Guerra Civil de los Estados Unidos. b) El proceso de Hispano-América.
XLVIII **Agosto 26**	a) Prusia y Bismarck. b) La Rusia de los Zares.
XLIX **Sept. 2**	a) Africa y la expansión imperial. b) La India y el Japón.
L **Sept. 9**	a) Pasteur y su tiempo. b) La crisis filosófica. Bergson. James.
LI **Sept. 16**	a) El genio de Dostoyewski. b) El genio de Galdós.
LII **Sept. 23**	a) El "fin de siecle" y su literatura. b) Rubén Darío y el Modernismo.
LIII **Sept. 30**	a) Martí y la guerra hispanoamericana. b) La Guerra boer.
LIV **Octubre 7**	a) Ambiente del Siglo nuevo. b) El mundo de la técnica.
LV **Octubre 14**	a) El capital en el mundo moderno. b) La organización de los trabajadores.
LVI **Octubre 21**	a) La guerra ruso-japonesa. b) El ascenso de los Estados Unidos.
LVII **Octubre 28**	a) La paz armada en Europa. b) La primera Guerra Mundial.
LVIII **Nov 4**	a) El sueño de Wilson. b) La Revolución rusa.
LIX **Nov. 11**	a) Freud y la nueva Psicología. b) Picasso y la revolución en las artes.
LX **Nov. 18**	a) Ambiente de lap rimera post-guerra. b) Las derechas extremas. Mussolini y Hitler.
LXI **Nov. 25**	a) El caso Roosevelt. b) La Segunda Guerra Mundial.
LXII **Dic. 2**	a) Estela de la Segunda Guerra Mundial. b) Ante la Era Atómica.



Distribución exclusiva:
OSCAR A. MADIEDO
O'Reilly 407
La Habana.